

**CAPITULO II****CONTEXTO, CULTURA Y TRANSGRESION: UNA ESTAMPA DE  
SINALOA**

### **A) Entre el mito y la realidad del narcotráfico.**

Concebir a la población de Sinaloa, así, de forma directa, en concreto y sin necesidad de acudir a la contextualización o a teorizaciones, aunque sí con un poco de imaginación, puede implicar de inmediato una reconstrucción escenográfica; una evocación elemental en torno a las figuras, los arquetipos y las imágenes culturales construidas socialmente, con la coadyuvancia esencial de los medios masivos de comunicación. Además del sombrero tejano, la camisa a cuadros, el pantalón de mezclilla, las botas puntiagudas con oropeles y de tacón metido, el cinto de cuero “pitiado” y la ostentosa hebilla plateada o de metal brillante, y las presuntuosas y significativas cadenas, relojes, anillos, pulseras o gruesas esclavas de oro, el perfil se delinea con la gesticulación y el manoteo abruptos, el habla y el tono de la voz fuertes y el clásico carácter desinhibido, franco y festivo. La imagen, decimos, no es un invento cinematográfico; más bien ha surgido de las tradiciones campiranas y que ahora forma parte distintiva del amplio escenario sociocultural del estado de Sinaloa. Es un afiche fuerte, escatológico, un estereotipo mediático, pero cuya simiente germina desde las entrañas populares, y que ha adquirido volumen y sustancia al paso de sucesos históricos y de anécdotas de la cotidianeidad. Se trata, en fin, de una imagen socialmente construida, embadurnada con la fastuosidad tendenciosa de los medios masivos de comunicación y aderezada con los signos de los tiempos duros de la violencia.

Marcado por décadas de ilicitud, de crimen, de sangre derramada en los campos y las ciudades, Sinaloa acusa el estigma con que se le identifica en el país y en el extranjero. Los elementos de la estigmatización, que por supuesto no son exclusivos ni de patente, han definido en buena medida, sin embargo –sobre todo por vía de la industria cultural--, a una entidad experimentada en los oficios y tareas del narcotráfico. La magnitud puede observarse, a pesar de las dificultades que entraña la averiguación, en estructuras e instituciones carcomidas, así como

perturbación, miedo y nerviosismo en la población. La investigadora Rossana Reguillo reflexiona sobre el punto y cita: “Hay gente que se muere de miedo”, dice Lechner, mientras Delumeau se pregunta: “¿las civilizaciones pueden morir de miedo como las personas aisladas?...”. Las interrogantes no están de más, advierte Reguillo, puesto que habría que tomar en cuenta que

“Las respuestas individuales ante la conciencia de un peligro presente, percibido como amenaza a la conservación constituyen una emoción cuyos efectos varían de acuerdo con la persona; efectos que van desde las reacciones bioquímicas hasta respuestas motoras.

“El miedo libera un tipo de energía que tiende a constituir una defensa frente a la amenaza percibida. Todo esto supone que el miedo, en las personas, es una reacción “natural”, espontánea, prerreflexiva. Lo que implicaría aceptar que el organismo humano está dotado de alarmas que le permiten reaccionar “espontáneamente” ante una amenaza...

“...el miedo es siempre una experiencia **individualmente experimentada, socialmente construida y culturalmente compartida**”.<sup>1</sup>

Los rasgos o perfiles de la violencia en Sinaloa no han surgido del vacío o de la pura invención mediática. En los fondos de la trama los personajes y los acontecimientos han tenido vida propia. Basados en hechos y escenarios de la vida cotidiana, pero sobre todo en los sucesos de escándalo y muerte que han marcado la vida pública desde hace más de medio siglo, los medios —prensa, radio, televisión y cine, entre otros—, y la industria de la cultura han sido parte nodal para la configuración de una pantalla con determinados atributos respecto de una fama específica, que se ha traducido en mito, sobre la parafernalia de la industria del narcotráfico y su impacto en y desde esa región noroccidental de la República Mexicana. Más allá de su justeza y exactitud, la noción responde al imaginario colectivo, ciertamente como una imagen estereotipada, pero que ha sido social,

---

<sup>1</sup> Rossana Reguillo (2001), “Miedos: imaginarios, territorios, narrativas”, en revista **Metapolítica**, enero/marzo, México, pp. 72-73.

política y culturalmente edificada, como una muy sugerente expresión simbólica de la llamada “subcultura” de la violencia.

Entendemos al “mito” como un concepto vivo, cargado de intuiciones y creencias, pero también de realidades, incidentes, historia, significados y presencia, como una cristalización de signos, contenidos y lenguajes en perenne acción y movimiento. No se trata solamente de una construcción imaginaria e inasible que permanecería en las subjetividades humanas. Retomando a Lévi-Strauss, el analista Hugo Francisco Bauzá puntualiza que el mito no es un patrón o un canon fijo,

“sino una forma de lenguaje en perpetuo movimiento... y lo que determina su esencia es la suma de todas sus variables”.<sup>2</sup>

Así, a partir de la concepción de que un “mito” no es un patrón, una construcción o un monumento estable, inmutable y fijo, sino una idea en constante transformación y enriquecimiento como “píldora cultural” que condensa aspiraciones, sueños, deseos, anécdotas, relatos, invenciones y leyendas, el imaginario colectivo sinaloense se ha venido integrando, o llenando, con la injerencia diversificada de las representaciones sociales que la población ha construido, con buenas dosis de mitificación, sobre las dimensiones del significativo y poderoso negocio de los enervantes.

El “mito” sobre el “narco” en Sinaloa no sólo ha sido una creación mediática y de los organismos del Estado mexicano encargados de hacerles frente, sino también se trata de una obra colectiva, grupal e individual de la propia población. El arquetipo se ha nutrido precisamente de comportamientos más o menos habituales, sobre todo en los ámbitos rurales. En tal tesitura, no pocos habitantes han encontrado en el modelo o el esquema del traficante de drogas, al sujeto que encarna

---

<sup>2</sup> Hugo Francisco Bauzá (1998), **El mito del héroe**, Ed. FCE-Argentina, Buenos Aires, p. 4.

sus expectativas y posibilidades de acción, en el contexto también de las limitaciones que posee para desarrollarse en la vida y para enfrentar los retos que le han planteado, en particular el hábitat rural de la pobreza y en general la sociedad, que ya de por sí, ha sido vivida, y por ende visualizada, como permanentemente compleja y hostil.

Lo que muchos han denominado como la “leyenda negra”, ha sido en realidad una acción social, una turbia historia generada en el marco de un contexto con varios referentes temporales trascendentes, y en el ámbito de una extensa e intensa construcción de sentidos y significados, los cuales han terminado por ser decodificados y reconstruídos en los planos de la recepción o la percepción, por parte de los propios grupos poblacionales involucrados. Se trata no sólo de una historia construida, y reiterada sistemáticamente, desde las instancias oficiales, públicas y “legítimas” del poder, sino también de un derrotero que ha tenido la intervención decisiva de otros sectores subalternos de la sociedad, y en particular de las cofradías, los clanes, los grupos y sujetos protagonistas --sembradores, “burreros”, transportistas, sicarios, inversionistas y financieros del mundo de la desviación--, amén de los antagonistas (que pueden ser ubicados por mor y vía de las múltiples policías municipales, estatales y federales, además de las corporaciones del ejército), quienes han sido los actores directos de los retruécanos de la ilegalidad y el delito.

No pretendemos, en ningún sentido, intentar la imposible tarea de capturar, identificar o definir la inasible “esencia” de lo que podría ser el sinaloense. Habría que destacar, sin embargo, que la creencia en torno al “ser”, al carácter, el temple, el comportamiento o el “espíritu bragado, bravío y bronco” de la población, ha venido siendo autoadmitida, reproducida y ratificada a través de distintas generaciones, lo que ha devenido, en consecuencia, también en mitología. Tal estampa cultural forma parte del orgullo regionalista. Y ciertamente la creencia ha sido asimilada como

“valor” fundamental por propios y extraños. Pocos acaso se atreverían —de frente a los aludidos— a contrariar, desdejar o cuestionar los afamados supuestos de osadía, valentía o virilidad. En este sentido, podría afirmarse que tal fama fue conquistada hace remotos ayeres, y reiterada de manera constante por la propia población. Un escritor y periodista renombrado de la capital del estado —autor de varios libros— sostiene una definición curiosa (que se mueve entre la creencia, la intuición y el sentido común), y sugiere que el sinaloense

“acusa una fuerte personalidad, producto de (la) mezcla de sangres. En el inventario final de sus cualidades y defectos, sale ganancioso: (tiene) gran imaginación y tenacidad, con los añadidos de su indisciplina y su proclividad a la violencia”.<sup>3</sup>

Sin embargo, otro tipo de fama es más reciente. La fama “negra” de la violencia está inscrita en el lapso del último medio siglo, cuando el negocio de la producción y el tráfico de narcóticos pasó de la novedad a un crecimiento acelerado, cuando se aprovecharon pretendidamente las necesidades de los militares estadounidenses durante la Segunda Guerra Mundial, con la venia presumiblemente de los gobiernos de Estados Unidos y México. Aunque se ha hablado mucho sobre este pacto cuasi oficial, en realidad no existe algún documento que avale el “convenio”. Empero, don Manuel Lazcano Ochoa, procurador de justicia en aquellos años, en el sexenio del gobernador Pablo Macías Valenzuela, ha señalado enfático, y como testigo, que “el acuerdo sí existió”. Incluso, agrega Lazcano Ochoa, que fue tres veces procurador de justicia en tres gobiernos diferentes en el estado, el presidente mexicano Miguel Alemán justificaba el convenio no escrito con la idea de que la producción de amapola “genera muy buenas divisas”.<sup>4</sup>

Pero la siembra y el cultivo de drogas se remonta muchos años atrás. Incluso en 1916, el negocio resultaba ya tan lucrativo que sólo la concesión para la

<sup>3</sup> Herberto Sinagawa Montoya (1986), Sinaloa. Historia y destino, Ed. Cahita, Culiacán, Sinaloa, México.

<sup>4</sup> Manuel Lazcano Ochoa, entrevista con el autor.

explotación del opio en la frontera con Estados Unidos implicaba sumas de más de 150 mil dólares anuales. Aunque los periódicos hablan ya de un consumo relativamente importante y de síntomas de drogadicción en los años treinta del Siglo XX, propiciados por los fumaderos de opio instalados por los chinos en Mocorito, Culiacán y Mazatlán, en realidad los medios dan cuenta de la existencia de los fumaderos desde los primeros años del siglo, según se consigna por cierto en la investigación **El Siglo de las Drogas**, de Luis Astorga. El morbo periodístico en torno de los enervantes data de aquellos años. El investigador, oriundo por cierto de Culiacán, ejemplifica con un caso de divorcio entre un chino y una mexicana ocurrido en Mazatlán. La prensa relataba que el esposo chino

“come ratoncillos con limón y otros guisos de ese género, practica el culto de Mahoma, se niega a tomar baños, todo lo cual quería, cómo método de vida, lo emplease su compañera, además de pretender que usase hasta las prendas de ropa usadas en China, y que fumara opio”.<sup>5</sup>

De tal suerte que los asuntos de las drogas, el cultivo, el tráfico, las detenciones y los detalles amarillistas, como por ejemplo la destrucción o la quema de “la yerba maldita”, se transformaron en un tema recurrente en los medios impresos de la entidad; algunas consecuencias de la actividad habían trascendido plenamente a la esfera pública. Por señalar un caso, el 13 de marzo de 1944, quizá para estar a tono, desde su primer día de circulación pública, el periódico de la capital del estado **La voz de Sinaloa** encabezaba en primera plana que allá por los rumbos serranos del que luego habría de transformarse también en el mítico municipio de Badiraguato, en acción conjunta judicial y ejército habían destruido “12 plantíos de adormidera”. La historia ha proseguido hasta la actualidad, los plantíos no terminan, la producción y el consumo se han multiplicado, los medios siguen narrando decomisos, detenciones y ajusticiamientos, el negocio se ha mundializado y la lucha contra el narcotráfico, de acuerdo al recuento histórico

---

<sup>5</sup> Luis Astorga, (1996-B), **El siglo de las drogas**, Ed. Espasa Calpe, México, p. 21.

periodístico sobre la evolución de la actividad que efectúa Jean Francois-Boyer (2001), sería hoy, francamente, una “guerra perdida”.

Pero es menester recordar que, desde aquellos primeros años, el estilo con que se daban a conocer las noticias aludía a una actividad marcada con el signo del delito, pero instigada, auspiciada y fomentada desde esos tiempos por los mismos que en el papel y pretendidamente la castigaban. Los negocios casi siempre se hacían en la complicidad, así se tratase de pequeños o regulares montos. En ese tiempo, diría Raúl Valenzuela Lugo, citado en un artículo por el historiador Héctor R. Olea, el cultivo se hacía, sin embargo,

“a la vista de todo el mundo, tanto a la vera de los caminos a la sierra como en las márgenes de los ríos, pues los campesinos consideraban actuar bajo el amparo de aquellos a quienes pagaban tributo”.<sup>6</sup>

La producción y el tráfico habrían de intensificarse y trascender a los años duros de la conflagración mundial, pese a los riesgos, por sus enormes rendimientos económicos. “Muchos conocidos míos, y conocidos por casi todos los viejos aquí en Culiacán, aprovecharon y se enriquecieron”, comentaría Lazcano Ochoa, quien llegó a ocupar la Secretaría General de Gobierno en el sexenio de Francisco Labastida Ochoa (1987-1992).

Hasta antes de los años cuarenta, no era nada extraño que la amapola también se sembrara para usos medicinales y hasta ornamentales. A fines del Siglo XIX y principios del XX, las boticas y farmacias surtían la droga prácticamente sin recetas. En los pueblos sinaloenses, la flor de la amapola fue muy apreciada por su apariencia y colorido. Varias canciones mexicanas se refieren a ella con especial fervor. Y es que hasta clásica ha resultado la belleza intensamente roja de los pétalos

---

<sup>6</sup> Héctor R. Olea, “La injusta leyenda negra”, en El suplemento de DIFOCUR, Culiacán, Sinaloa, No. 241, 8-XII-1991.



de la flor. Así, fue una costumbre cultivar la planta en hortalizas de familia, a la vista de los vecinos y de los ambulantes. En todo caso, a nivel local, los destinatarios como consumidores de la goma de opio eran en realidad muy restringidos. El consumo estaba circunscrito a esferas muy cerradas. Sin embargo, la masificación de la sociedad y la demanda masiva de drogas en Estados Unidos no estaban muy lejanas. Con los nuevos tiempos, la siembra, la producción, el tráfico y el consumo de los también llamados psicotrópicos habría de alcanzar las dimensiones de una industria que, desde hace varios lustros y por sus virulentos efectos y consecuencias transgresivas, ha mantenido en jaque a la sociedad, a la política y a la cultura.

El auge de esta historia oscura del presente –por sus denotaciones criminales–, en el derrotero de su ubicación política, se ha montado y ha tenido lugar de manera central desde mediados de los sesenta, cuando al frente de la gubernatura estatal se encontraba Leopoldo Sánchez Celis, un hábil político acusado como mínimo de cacique, y bajo cuyo sexenio floreció la siembra y el tráfico de la “adormidera” y la marihuana. Una cuarentena de años. Investigadores diversos ubican precisamente a esos años como claves, cruciales, para la industria. Algunos recuerdan que durante ese período,

“la policía francesa acabó con Marsella como centro mundial del procesamiento, contrabando y distribución de heroína hacia Estados Unidos. Este centro francés fue reemplazado por Culiacán, una ciudad agrícola de tamaño mediano...Rodeada por las escarpadas montañas de la Sierra Madre...esta región resultaba perfecta para la siempre creciente industria mexicana de la heroína”.<sup>7</sup>

El irremediable hecho es que la fama creció, se desarrolló y se instaló en la percepción mediática hasta alcanzar síntomas y niveles que han colocado a la entidad en la pasarela y la escenografía propias de una entidad subsumida en la

---

<sup>7</sup> Elías Castillo y Peter Unsinger, “Organizaciones mexicanas de droga en California”, en **Crimen organizado y gobernabilidad democrática**, de John Bayley y Roy Godson (2000), p. 281.

subcultura de la violencia. Para llegar a esos niveles de percepción del fenómeno, sin embargo, en la sociedad previamente y durante el aquelarre transgresivo se fueron trastocando normas, reglas, leyes y formas consuetudinarias de convivencia social. Y parafraseando al escritor Sinagawa, autor de una de las primeras novelas sobre el narcotráfico en el estado: **El derrumbe del infierno**, pudieron haberse requerido buenas dosis de tenacidad. Y carácter. Y necesidad. Y valentía, por parte de no pocos individuos inmiscuidos en los artilugios de este boyante negocio.

Abordar la cuestión de la transgresión implica, para empezar, reconocer que se trata de una construcción eminentemente social. La desviación no es intrínseca o innata, sino que se trata de una elaboración histórica, a la cual habrá que mirar con los recursos contextuales propios de las ciencias sociales. Anthony Giddens advierte de antemano que

“cualquier explicación satisfactoria de la naturaleza del delito debe ser sociológica, porque la definición de delito depende de las instituciones sociales de una sociedad. Uno de los aspectos más importantes del pensamiento sociológico sobre el delito es el énfasis que pone en las interconexiones entre conformidad y desviación en diferentes contextos sociales. Las sociedades modernas contienen muchas subculturas distintas y el comportamiento que respeta las normas de cada una de ellas puede considerarse desviado en otra...”<sup>8</sup>

Ello, puntualiza Giddens, sin menoscabo de las utilidades teórico investigativas que pudieran llegar a aportar, por ejemplo, los enfoques en torno a la desviación “biológica”, sustentada en los rasgos físicos de los sujetos transgresores, aunque principalmente la denominada teoría de la desviación “psicológica”, basada por su parte en ciertos síntomas más o menos recurrentes de la personalidad delictuosa.

---

<sup>8</sup> Anthony Giddens (2000), **Sociología**, Alianza Editorial, Madrid, p. 235.

Por lo pronto, la labor de zapa en torno al “negocio” —con tal denominación se alude genéricamente al narcotráfico— fue ganando adeptos de manera más bien paulatina, mientras se reconocían las potencialidades de riqueza o dinero fácil. En los primeros tiempos se requirió de mucha visión, y audacia, para hallarle sentido al novedoso tráfico. Diferentes novelas dan cuenta del azoro con que los propios involucrados miraban las enormes dimensiones del negocio en que se habían metido, como se narra por ejemplo en la novela **Cástulo Bojórquez**, del escritor César López Cuadras (2001). Dado que la transgresión no es precisamente una facultad innata, un “espíritu” o una esencia per se, sino más bien un producto social, su expansión y sofisticación agresiva fueron de algún modo hasta previsibles, en virtud de sus condiciones clandestinas y subversivas. Los enormes recursos económicos involucrados requerían por supuesto de aparatos de defensa o coerción a la medida de los intereses en juego.

En este sentido, Luis Astorga, al retomar la “teoría interaccionista de la desviación” de Howard Becker, destaca que la actividad, en tanto resultado de una interacción, “se aprende socialmente”. Los integrantes de los clanes delictivos viven experiencias similares de participación, involucramiento, cooptación y asimilación de las normas de protección. Y así, un sujeto determinado con cualidades específicas, enganchado por vecinos, conocidos o familiares para hacer más cercano y estrecho el círculo de la acción transgresiva, empieza en consecuencia a formar parte de una “subcultura” organizada que gravita en torno a diversas actividades delictivas. El individuo

“asimila y recrea la visión que se genera en ese mundo; se reconoce y lo reconocen como miembro; su identidad es creada y modelada a imagen y semejanza de sus colegas. El rechazo a las instituciones y reglas morales del mundo convencional tienden a formar parte de los razonamientos que hacen los grupos desviados de su propia práctica”.<sup>9</sup>

---

<sup>9</sup> L. Astorga (1996-A), **Mitología del “narcotraficante” en México**, Ed. Plaza y Valdés, México, pp. 20-21.

De antemano tenemos que señalar que los comportamientos transgresivos constituyen precisamente conductas no aprobadas por la mayor parte de un grupo social o por la mayoría de los grupos sociales integrantes de la sociedad, o por las leyes mismas de ésta. Tales comportamientos que se desvían de las reglas y de la “normalidad” social pueden ser voluntarios o involuntarios. Maurice Cusson sostiene que, en tanto que la desviación puede ser producto de un juicio, se encuentra “sancionada” por una mayoría en desacuerdo con tal práctica, que empieza a ser estigmatizada. De tal suerte, dice el teórico francés, que ocurre una interacción entre el actor (autor de la acción desviada) y los jueces (los grupos sociales), enmarcada por supuesto en la normatividad social. Así, la desviación existe en relación particularmente del juicio.

Además, argumenta Maurice Cusson, por su obvia relación de enfrentamiento con la normatividad social y como derivación del juicio público, la desviación se caracteriza por su relatividad: 20 años después, por ejemplo, una conducta desviada podría ya no serlo. Es decir: se trata de una construcción social y por tanto la desviación no es un comportamiento **per se**: no es intrínseca del hombre. Y debido a que el autor o los participantes de la conducta transgresora han calculado más o menos las ventajas o desventajas de la acción, como un medio explícito para lograr un fin, la desviación es una acción en la que interviene la racionalidad del o los sujetos. Entonces, si es racional, puntualiza el teórico francés, habrá que buscar, indagar, en torno de la naturaleza de su sentido.

La cuestión ha sido abordada especialmente por Hannah Arendt. La socióloga resalta los aspectos contrastantes entre varios tipos de violencia. Y establece distinciones tajantes, notorias y precisas, entre dos tipos de desviación: el transgresor criminal y el desobediente civil. Sostiene, para empezar, que existe una muy clara y enorme diferencia entre el malhechor que evita la mirada pública y el rebelde civil que desafía directa, pero franca y abiertamente las leyes. Puntualiza

entonces que la diferenciación entre una “abierta” violación de la ley, realizada a la vista de la vida pública, y una violación “oculta”, hecha entre los subterfugios de la legalidad y lo social, resulta tan clara que sólo puede ser desdeñada por “prejuicio o por mala voluntad”. Además, añade la autora, los bandoleros comunes trabajan o actúan movidos esencialmente por el interés personal, para lograr beneficios particulares. Las justificaciones podrían ser de variada índole, pero el fundamento o el principio que rige a ese tipo de delincuencia es la resolución de un “gran” problema de tipo individual.

De tal manera que los transgresores comunes, aunque formen parte de una élite directiva, de un estamento transgresivo o pertenezcan a una organización criminal, actúan solamente en su propio beneficio. En la práctica, tales miembros de las cofradías o el sujeto particular se niegan a ser subyugados por el asentimiento de todos los demás, de por ejemplo una mayoría, y solamente aceptarían ser sometidos a la violencia de las organizaciones oficiales del Estado encargadas de hacer que se cumpla la ley. En cambio,

“el desobediente civil, aunque normalmente disiente de una mayoría, actúa en nombre y a favor de un grupo; desafía a la ley y a las autoridades establecidas sobre el fundamento de un disentimiento básico y no porque como individuo desee lograr una excepción para sí mismo y beneficiarse de ésta”.<sup>10</sup>

Los campesinos productores, los clanes familiares y los habitantes de los pequeños poblados rurales de la sierra, los valles y la costa sinaloense, los transportadores, los intermediarios, los guardias y vigilantes, y en general quienes participan en estas primeras cadenas del tráfico de estupefacientes necesariamente, por los riesgos que entraña, habrían de buscar mecanismos de salvaguarda para llevar adelante sus peligrosas labores. La siembra misma de enervantes ha sido una

---

<sup>10</sup> Hannah Arendt (1999), *Crisis de la república*, Ed. Taurus, Madrid, p. 83.

alternativa productiva, para una gran mayoría de agricultores, ejidatarios y comuneros, prácticamente inevitable, dadas las enormes carencias y la situación de pobreza y marginación en las que han vivido. Acaso también para otro tipo de protagonistas, como transportadores y sicarios. La siembra de la sobrevivencia trajo consigo también como efecto inmediato la constitución de formas de defensa y protección para la sobrevivencia de este redituable trabajo en sus múltiples fases. En los pueblos productores la presencia de fuereños de inmediato pone en alerta a sus habitantes. Un eficaz y sigiloso correo de voz en voz advierte a los lugareños y se crea entonces un ambiente de tensión y animadversión.

Desde el campesino que siembra por necesidad o porque ha sido amedrentado para rentar la tierra, pasando por los “burreros”, las “mulas” o transportistas, los sicarios, los guardias y protectores, los policías y jueces involucrados y coptados, hasta los financieros y políticos integrantes de las redes transgresivas del narcotráfico, habrán de configurar normas o reglas para hacer que funcione con eficacia el negocio. Se constituirán, entonces, códigos particulares, especiales, de la desviación. En el recuento temático de su obra **Sociología**, Anthony Giddens, en el análisis sobre la desviación, recuerda precisamente que los integrantes de grupos

“de muy mala reputación...han de respetar códigos de conducta estrictos, y los que no lo hacen son castigados o expulsados...El estudio del comportamiento desviado es una de las tareas más fascinantes de la sociología, aunque también una de las más complejas, ya que nos enseña que ninguno de nosotros es tan normal como podríamos pensar. También nos ayuda a darnos cuenta de que el comportamiento de ciertas personas, que podría parecernos incomprensible o ajeno, puede resultar racional cuando comprendemos por qué actúan de esa manera”.<sup>11</sup>

---

<sup>11</sup> Giddens, **Op. Cit.**, p. 230.

Ocorre que por la misma naturaleza de la actividad, que requiere de acciones especialmente en común, en lugar del individualismo como valor, sostiene por su parte Hannah Arendt, tiende a conformarse una especie de “género” de solidaridad o coherencia de grupo, que es un “nexo más intensamente sentido y que demuestra ser mucho más fuerte, aunque menos duradero, que todas las variedades de la amistad, civil o particular...”. Y es que debe recordarse o tomarse en consideración, agrega la socióloga citando a Frantz Fanon, que “en realidad en todas las empresas ilegales, delictivas o políticas, el grupo, por su propia seguridad, exigirá “que cada individuo realice una acción irrevocable” con la que rompa su unión con la sociedad respetable, antes de ser admitido en la comunidad de la violencia. Pero una vez que un hombre sea admitido, caerá bajo el intoxicante hechizo de

““la práctica de la violencia (que) une a los hombres en un todo, dado que cada individuo constituye un eslabón de violencia en la gran cadena, una parte del gran organismo de la violencia que ha brotado” (Fanon)... Las palabras de Fanon apuntan al bien conocido fenómeno de la hermandad en el campo de batalla...”<sup>12</sup>

Aunque existe aún escasa bibliografía teórica sobre la desviación vinculada estrictamente al tráfico de drogas, poco a poco aparecen algunas reflexiones y aportaciones interesantes. Citando a los investigadores Gianluca Fiorentini y Sam Peltzman, el periodista Carlos Loret de Mola destaca que una organización criminal que gasta o invierte en

“armamento y defensa es como una empresa legal que destina recursos a la publicidad. Así como una empresa de telefonía ocupa planas enteras promocionándose, los criminales aparecen en los periódicos cuando realizan actos violentos o consiguen grandes ganancias económicas. La empresa telefónica obtiene más clientes y con ello más dinero. Las organizaciones delictivas inhiben a la competencia, desalientan la traición y reciben más dinero. La inversión en

---

<sup>12</sup> Arendt, **Op. Cit.**, pp. 166-167.

armamento no se dirige a la producción de bienes y servicios, sino a disuadir la entrada de otras empresas o cárteles a la industria”.<sup>13</sup>

Algunos objetivos serán, claro está, disminuir o eliminar a la competencia, controlar la mayor parte del mercado y maximizar las ganancias de la corporación. En esta idea, la violencia y el tráfico de drogas serían “bienes sustitutos” que en su confabulación hacen posible a la industria ilegal en su conjunto. La industria de los enervantes no podría existir sin los recursos clandestinos de la intimidación y la disuasión.

En la parafernalia del crecimiento del negocio de las drogas, y entre los escenarios de la delincuencia y el crimen, la subcultura de la violencia ha venido siendo cada vez más notoria en la vida pública, y se fue internalizando en el comportamiento de grupos y personeros visiblemente ostentosos del campo y la ciudad. Individuos, familias y grupos localizados de los sectores rurales, identificados como trabajadores “sierreños” de los estados de Sinaloa, Durango, Chihuahua y Sonora han sido señalados como impulsores no sólo de la siembra, el cultivo y el tráfico de amapola y marihuana, sino de comportamientos irascibles, belicosos, irracionales y vengativos, cargados de rencores sociales, que más tarde terminarían por hacer mella en otros sectores sociales de los ámbitos urbanos. La zona del denominado “Triángulo del Diablo” (la casi inexpugnable frontera serrana de Sinaloa, Durango y Chihuahua), ha sido ubicada, hasta la fecha, como la pionera y más redituable región productora de enervantes, particularmente de la llamada “adormidera”, en la República Mexicana.

A tales trabajadores de la sierra se les han atribuido, desde la perspectiva de la valoración mediática, no sólo responsabilidades múltiples en el crecimiento de la industria, sino también en el fomento de la violencia, movidos por las ambiciones y

---

<sup>13</sup> Carlos Loret de Mola (2001), *El negocio...*, Ed. Grijalbo, México, p. 106.



los rencores sociales. Se ha insistido, destacado y despotricado —en el discurso moralizante— sobre su procedencia social y su condición de iletrados y analfabetas, como sujetos bárbaros y vandálicos, salvajes y casi animales carentes de todo indicio de respeto y conducta civilizada, que en su afán de riquezas llegaron a trastornar el orden social preexistente. Y en parte, las acciones de la justicia federal mexicana contra los campesinos más pobres involucrados en el sistema del tráfico de drogas, se han regido de forma esencial por tal visión o concepción de la problemática. La falacia, por supuesto, no resiste ningún rigor analítico. “La atribución de la conducta belicosa a la “animalidad” del hombre se hace en desmedro de los animales que jamás emprendieron ninguna guerra...”, ha expresado con sorna el analista Nestor A. Braunstein.<sup>14</sup>

La cocaína, en los sesenta, aún no entraba con plenitud, proveniente de Sudamérica, aunque los periódicos registran y dan cuenta ya de algunos incipientes decomisos, en virtud de que también durante esos años iniciaba el crecimiento de los llamados “cárteles” colombianos de Cali y Medellín. Mientras tanto, los nuevos roles o papeles transgresivos de los traficantes habrían de incidir de cierto modo, sin embargo, en la sociedad, con la complicidad de diferentes organismos e instituciones públicas, tanto de tipo municipal, estatal y federal —corporaciones policíacas, judiciales y militares--, como de naturaleza empresarial —corporativos comerciales, empresas agroindustriales, turísticas, etc.--. La sociedad habría de registrar el abrupto despegue y bonanza económica de no pocas familias rurales y urbanas, grupos sociales y corporaciones empresariales.

En el ya citado texto **Mitología del “narcotraficante” en México**, el investigador Luis Astorga plantea una serie de interrogantes significativas en torno de las prácticas de la desviación, respecto de una suerte de asimilación cultural del

---

<sup>14</sup> Nestor A. Braunstein (1998), en **El mundo de la violencia**, de Adolfo Sánchez Vázquez (coord.), Ed. FCE, México.

fenómeno y en relación con la injerencia o la complicidad de los círculos del poder público. Y de ahí resulta inevitable establecer la relación transgresiva de los poderes oficiales con los sectores económicos privados y los grupos delictivos. Por su importancia, nos permitimos reproducir en extenso algunas de esas preocupaciones, en la idea de contextualizar la crudeza y al mismo tiempo las complejas dimensiones de la problemática. Explica el investigador que en el país y en particular en Sinaloa se puede hablar de que hay todavía **“una memoria histórica inexplorada”**.

“O visto de otra manera, un tabú, una amnesia colectiva, o simplemente un silencio defensivo y comprensible. Una especie de “normalización” de un fenómeno que de relativamente marginal pasó a ser parte de la vida cotidiana, a permear la sociedad y a imponerle, hasta cierto punto, sus reglas del juego. ¿Cómo fue y sigue siendo posible cultivar las plantas prohibidas en zonas y en cantidades que no pueden pasar desapercibidas —al igual que el aterrizaje de numerosas avionetas cargadas con cocaína— sin sospechar su encubrimiento? ¿Cómo “esconder” o “lavar” las estratosféricas sumas de dinero recibidas por el tráfico de drogas, sin pasar por los circuitos económicos y financieros legales, o lo que es lo mismo sin complicidades? ¿Cómo no darse cuenta del surgimiento de riquezas “inexplicables”? ¿Cómo no dedicarse al cultivo o tráfico de drogas cuando, para un iniciado, las ventajas de vivir “fuera” de la ley son mayores que las de vivir “dentro”? ¿Cómo, en esas circunstancias, la gente común diferencia a los “buenos” de los “malos”?<sup>15</sup>

Ejidatarios, comuneros, pequeños propietarios, empresarios, comerciantes, policías o políticos, probablemente no resulta ya, ahora, tan importante identificar la procedencia social y laboral de quiénes fueron los pioneros y los forjadores del tráfico de opiáceos. Casi como inició: oblicua, subrepticia, subterránea, desviadamente; labor osada de sombras y penumbras; acción social férrea y furtiva, entre los claroscuros de las esferas pública y privada, tal es la perseverancia acechante del submundo de la producción y el tráfico de drogas en la actualidad. Aunque hoy, claro, con otros montos, otras dimensiones y otros personajes.

---

<sup>15</sup> Luis Astorga (1996-A), **Op. Cit.**, pp.88-89.

De hecho, en el imaginario colectivo, en las versiones e interpretaciones mundanas, en los corrillos y en la literatura sinaloenses, el asunto se ha vuelto igualmente un mito más: se ha acusado ya sea a los gobernantes, o bien a los campesinos pobres de los estados vecinos, por supuesto que a los policías y representantes de los poderes judiciales, pero las acusaciones también se han dado hacia los visionarios y emprendedores empresarios de la agroindustria. Lo cierto es que, en la colusión y confabulación de intereses diferenciados, las circunstancias y las condiciones socioeconómicas se fueron dando para que se expandieran, se regaran, despuntaran y florecieran las llamadas plantas del delito.

Foucault, en el sistemático análisis sobre la prisión, la delincuencia y los ilegalismos expuestos en su obra **Vigilar y castigar**, argumenta que no existe “una naturaleza criminal”, sino más bien una suerte de “**juegos de fuerza**” que, en función de la pertenencia de clase de los sujetos,

“los pueden conducir “al poder o a la prisión: pobres, los magistrados de hoy poblarían sin duda los presidios, formarían parte de los presidios; y los forzados, de ser bien nacidos, “formarían parte de los tribunales y administrarían la justicia”. En el fondo, la existencia del delito manifiesta afortunadamente una “incomprensibilidad de la naturaleza humana”; hay que ver en él, más que una flaqueza o una enfermedad, una energía que se yergue, una “protesta resonante de la individualidad humana”, que sin duda le da a los ojos de todos su extraño poder de fascinación”.<sup>16</sup>

La desviación del tráfico de drogas, desde sus metafóricas “infraestructuras”, desde sus instancias difusas, sordas y soterradas, sin embargo, movió y recicló intereses y lenguajes. Afectó, trastornó y moldeó formas de convivencia, percepciones, valores y comportamientos sociales. Desde los sueños individuales de riqueza y poder, --acaso surgiendo desde la subconciencia a la

---

<sup>16</sup> Michel Foucault (1999), **Vigilar y castigar**, Ed. Siglo XXI, México, pp. 295-296.

conciencia, por el atractivo subyugante de lo prohibido--, cientos de individuos se encontraron involucrados en el torbellino de la generación de riquezas súbitas; y entre los lazos de la política, la ideología y la cultura; y desde la economía al entramado de las acciones de diversos grupos sociales, la ampliación de los negocios ilícitos se ramificó por supuesto hacia los planos simbólicos de la cultura, a través de la circulación y difusión mediáticas de los hechos y de las vicisitudes mitológicas construidas y narradas en torno al fenómeno, y luego por medio de las acciones y propuestas arquetípicas, masivas, de la industria cultural.

En la construcción del fenómeno, precisamente los medios masivos de comunicación han tenido plena injerencia, participación, corresponsabilidad. A veces hasta formas de protagonismo. Se registraron, por ejemplo, múltiples casos donde actores y trabajadores de los medios, impresos sobre todo, se vieron involucrados en papeles de curioso talante, como periodistas que realizaban auténticas labores de espionaje y que fungían como “correos” y “orejas” al servicio de los comúnmente llamados “capos”. Pasaban “pitazos”. Daban “alertas”. Advertían sobre probables batidas y acciones de los militares o los judiciales federales contra remesas o traslados de las mercancías. Varios de los reporteros espías, que a la postre han hecho aún más larga la lista de los periodistas asesinados en Sinaloa, ejercieron en su tiempo ese doble papel, contratados o consentidos en su momento por los grupos transgresores.

Alguno de esos periodistas, según la versión de un exdirector de varios periódicos sinaloenses, hasta acudía “normalmente” a las reuniones, en la capital del estado, que llegaban a organizarse entre los principales “barones” de la droga, para dirimir las “urgencias”, las dificultades y los asuntos propios del negocio, en los tiempos de los sexenios gubernamentales de Alfonso G. Calderón y Antonio Toledo Corro. Luego, salía con “instrucciones” que transmitía a otros de sus correligionarios. En ocasiones se trataba de advertencias que podían llegar a ser

fatales. Por supuesto, los “privilegios” de tal periodista no durarían mucho tiempo: habría de correr, pocos años más tarde, la suerte fatal de otros que tuvieron la osadía de querer vivir entre “Dios y el Diablo”.

Michel Foucault resalta la cuestión del momento en que se establecen los vínculos entre el delito y el poder. Cuando llega el momento histórico en que se registra un acoplamiento perverso, pero “directo e institucional”, entre la policía y la delincuencia. Se trata precisamente del tiempo en que esta última “se encuentra investida por el poder, y convertida”. Es el desvelamiento, advierte el teórico francés, de un “momento inquietante en que la criminalidad se convierte en uno de los engranajes del poder”. De tal suerte que llega a manifestarse sin ambages, pues, ese nuevo temor, provocado por el

“entendimiento misterioso y turbio entre quienes hacen valer la ley y quienes la violan. Se acabó la época shakespeariana en que la soberanía se enfrentaba con la abominación de un mismo personaje; pronto comenzará el melodrama cotidiano del poder policiaco y de las complicidades que el crimen establece con el poder”.<sup>17</sup>

Por supuesto, tal melodrama ha sido una constante vivida durante varias décadas por la población sinaloense. Pero tal “entendimiento misterioso y turbio” ha trascendido en la esfera nacional, sobre todo a fines de los años noventa del Siglo XX, con los magnicidios, crímenes y sucesos de escándalo en los que han estado involucradas figuras de primer nivel. Y no sólo ha sido la relación de policía-hampa, sino que se han evidenciado los amplios, históricos y profundos nexos entre la política y la delincuencia organizada.

En la construcción de las redes delictivas sinaloenses, el poder policiaco y el poder político han formado parte indivisible de las mismas. En el dilema del huevo o

---

<sup>17</sup> Foucault, **Ibid.**, p. 289.

la gallina, ciertamente resulta incierta la participación inicial. La única certidumbre es que en el crecimiento de la industria de las drogas, junto con los empresarios y sembradores directos, aquéllos han sido factores de primer orden para hacerla factible. Durante años ha sido plenamente constatada la confabulación judicial y política con personeros y grupos transgresores. Desde las instancias “legítimas” se ha podido velar por los magños intereses que han significado los trasiegos de la desviación. Es decir: tanto los cuerpos policíacos, y en su caso los militares, como los múltiples grupos delictivos han resultado necesarios, útiles, bastiones esenciales del hampa y del crimen organizado, para hacer florecer año con año a la industria de los narcóticos.

Se ha demostrado, dice Foucault, en el tráfico de armas, de alcohol y de drogas, ese funcionamiento de la “delincuencia útil”: en virtud de la existencia de una prohibición legal, ésta crea “en torno suyo” un campo de prácticas ilegales. Así, la delincuencia llega a convertirse en un instrumento para “administrar y explotar los ilegalismos”. Sin embargo, debido al enlace de los elementos participantes, se hace posible que tal campo de prácticas sea igualmente “un instrumento” eficaz de la propia delincuencia, que constituye en su entorno el quehacer mismo del poder. El uso político

“de los delincuentes --en forma de soplones, de confidentes, de provocadores-- era un hecho admitido mucho antes del siglo XIX... (Además) la delincuencia, con los agentes ocultos que procura, pero también con el rastrellado generalizado que autoriza, constituye un medio de vigilancia perpetua sobre la población: un aparato que permite controlar, a través de los propios delincuentes, todo el campo social. La delincuencia funciona como un observatorio político”.<sup>18</sup>

Sin embargo, la muerte de los propios comunicadores, de policías y funcionarios, además de cientos de integrantes de las formaciones delictivas, por

---

<sup>18</sup> **Ibidem**, pp. 285-287.

delaciones, traiciones, o intentos de extorsión, ha evidenciado la fragilidad que significan por sí mismos los nexos, de cualquier índole, que puedan vislumbrarse entre los medios con los personeros o grupos delictivos de la industria de los estupefacientes. Y por ejemplo, ya entrados los años del gobierno de Antonio Toledo Corro (1981-1986), señalado como uno de los grandes beneficiarios de esta industria de la desviación, hubo alguien que siendo corresponsal de la extinta pero aún multicitada revista **Alarma**, y reportero de la fuente policiaca del diario sinaloense **El Debate** (reportero que no está contemplado por cierto dentro de las listas oficiales de periodistas asesinados que se divulgan comúnmente), a pesar de ser uno de los más fieles voceros de un grupo de traficantes, habría de fallecer, curiosamente por atropellamiento, a la salida del IRSS de Culiacán, luego de haber visitado a un “narco” recluido en el penal.

El investigador Gilles Lipovetsky, en un análisis sobre los “códigos de sangre” de ciertas sociedades salvajes, en el libro **La era del vacío**, destaca la función que juegan el honor y la venganza. Y aunque los grupos delictivos del narcotráfico no constituyen necesaria ni precisamente ese tipo de sociedad, nos permite aproximarnos a la cuestión de la violencia. Advierte Lipovetsky que en los sitios o espacios donde “predomina” el honor,

“la vida vale poco comparada con la estima pública; el valor, el desprecio de la muerte, el desafío son virtudes muy valoradas, la cobardía es despreciada en todas partes. El código del honor conmina a los hombres a afirmarse por la fuerza, a ganarse el reconocimiento de los demás antes de afianzar su seguridad, a luchar a muerte para imponer respeto...Lejos de manifestar una impulsividad descontrolada, la belicosidad primitiva es una lógica social, un modo de socialización consustancial al código de honor”.<sup>19</sup>

---

<sup>19</sup> Gilles Lipovetsky (1996), **La era del vacío**, Ed. Anagrama, Barcelona.

En realidad tales prácticas no resultan tan primitivas, pues los organismos delictivos o la mafia organizada en el mundo ha actuado siguiendo esos cánones; y de forma similar se han mostrado los grupos del crimen organizado en México.

En la mezcla de intereses oscuros, hay que tomar en cuenta, empero, que las reglas de convivencia y de connivencia se han establecido desde las posiciones hegemónicas del poder y la ideología. De nuevo con Hannah Arendt, quien advierte que lamentarse por “el canceroso crecimiento de las desobediencias”, en realidad carece de mucho sentido,

“a menos que se reconozca que durante muchos años las instituciones encargadas de que se cumpliera la ley han sido incapaces de imponer la observancia de los ordenamientos legales contra el tráfico de drogas, los asaltos a mano armada y los robos con escándalo. Considerando que las probabilidades que los delincuentes de estas categorías tienen de no ser descubiertos son superiores a la proporción de nueve a uno y que sólo uno de cada cien irá a la cárcel, hay razón para sorprenderse de que semejante situación delictiva no sea peor de lo que es...La simple y más aterradora verdad es que, en circunstancias de tolerancia legal y social adoptará la más violenta conducta delictiva, gente que en circunstancias normales quizá habría pensado en tales delitos pero jamás llegó a decidir su realización”.<sup>20</sup>

Dadas ciertas condiciones socioeconómicas de descomposición y crisis, en el sentido incluso de la anomia planteada por Durkheim, hay una suerte de delincuencia potencial, latente, en estado larvario, que aunque no siempre se manifieste en las formas transgresivas concretas, está en acecho, como una perenne amenaza. En esta idea, la estudiosa de asuntos de violencia va más allá y expresa que “hemos aprendido, a nuestro pesar”, que es menos terrible la delincuencia organizada, frente a la de los “pillós” no profesionales —quienes se aprovechan de la oportunidad— y su enteramente justificada “ausencia de temor a ser castigados...”. Aunque la investigadora se refiere a otra situación y a otro contexto, el de los

---

<sup>20</sup> Hannah Arendt, *Op. Cit.*, p. 78.



Estados Unidos, sin embargo, hay suficientes razones para presumir o sospechar que la situación del crimen y el castigo, en las circunstancias actuales, podría ser hasta más contrastante en nuestro país, dada la naturaleza corrosiva del narcotráfico y su enorme poder expansivo, amén de la ausencia de profesionalismo, capacidad y honorabilidad que se le imputa al poder judicial mexicano, en sus distintas categorías, niveles y jurisdicciones.

Pero, por encima de casos o detalles, los periodistas principalmente han sido protagonistas para lo que tiene que ver con el discurso, con las formas de la comunicación, con los modelos y estilos de la información, con la puesta en circulación de un lenguaje cargado de significados, de mensajes latentes y subliminales, de claves, guiños, valores entendidos, señales y suspicacias enraizadas en la cultura cotidiana, en el coloquio y en la doxa. Recurrentes, por ello, son los títulos o encabezados de la prensa sinaloense, en la que se hace mofa, escarnio y hasta fiesta de los hechos que tienen que ver con la “guerra” sucia o la “leyenda negra” desatada por los grupos y clanes delictivos. La prensa ha reproducido, entonces, ideas surgidas del vulgo, refranes populares que tienden a provocar hilaridad. Se trata, acaso, del delito visto con la mirada del humor y del desenfado, a pesar de los duros hechos de violencia, sangre y muerte.

“Mi gallo” (marihuana), “mi perico” (cocaína) y “mi chiva” (heroína), son alusiones metafóricas muy festejadas que, surgidas de la imagería popular, o de los propios códigos y la jerga en clave de los grupos delictivos, han trascendido de esos ámbitos y de las letras de las canciones para formar parte de las referencias del habla más o menos común. Y la frase “andaba como apache marihuano”, es una figura que traslada a ambientes campiranos y que supone una no muy seria proclividad a las acciones guerreras, si se asumen los estereotipos producidos por las tradiciones populares y de masas. “Lo agarraron con las manos en la mota”; “confiscaron un cargamento de la maligna”, son encabezados periodísticos que se han hecho

recurrentes al paso de los años y que festejan, quizá involuntariamente, que la fuerza, la constancia y la permanencia de la avasalladora actividad también tiene, en el plano de la percepción, un aspecto no temible, no intimidante, no brutal, sino, por vía de la mordacidad, más bien accesible, humorístico y hasta simpático, como una suerte de tendencia y estilo comunicacional de desenfado. Muchas canciones muestran precisamente este aspecto liviano o juguetón con que se miran ciertos detalles del fenómeno transgresivo.

Los enfoques y las tendencias, que tomaron y toman aún a la violencia, la delincuencia, al crimen y al delito como pretexto informativo para justificar, e incluso enarbolar, implícitas preferencias relativas al amarillismo, para consolidar la aceptación y la penetración de los medios masivos de comunicación en las presupuestas preferencias populares, no han hecho más que acentuar y reiterar perfiles, rasgos, morbos e inclinaciones ideológicas y culturales. Estos enfoques populacheros de la mercadotecnia no han sido inventados, claro está, en las ciudades de Sinaloa, aunque han sido hábil y entusiastamente retomados mediante una suerte de especialización en la exacerbación del sensacionalismo como metodología fundamental --de los usureros del ejercicio profesional del periodismo--, con el fin de obtener los máximos rendimientos comerciales. En efecto, se aprovechan las ansiedades sociales de una población que gravita y padece bajo el imperio de la violencia de las bandas de transgresores y de quienes pretendidamente las combaten, y entonces, también presuntamente, se satisfacen las necesidades inmediatas en torno a ese tipo de información cercana. De nuevo la fórmula programática de la comunicación: los fines justifican los medios.

De hecho hay aquí una simbiosis ideológica entre el pretexto de los gustos populares y la mercantilización del periodismo y la comunicación. Obviamente se trata de una simbiosis creada por la hegemonía del sistema socioeconómico, desde la que se ratifican creencias, valores y dividendos monetarios. Es decir: se actúa con la

venia social; bajo el cobijo de la legalidad capitalista, de acuerdo a los cánones ideológicos y culturales imperantes o, en su defecto, permisibles. Sin embargo, acaso los medios, en su discurso periodístico cotidiano, deambulan, entre los sitios o espacios de la legalidad, y al mismo tiempo entre los pantanos factuales de la transgresión. Aunque su libertad de expresión se encuentre fundada en lo que no prohíben las leyes —si algo no está prohibido, entonces está permitido—, en la práctica, en los hechos, explotan y viven eficazmente también de la inmensa mina de oro que es en sí mismo, para los formatos y estilos del discurso mediático, el simbólico mundo de la desviación.

Cabe referir aquí a Bordieu. Al analizar los nexos del poder y la violencia simbólica, que constituye una coerción que llega a establecerse por medio de una adhesión, el teórico francés formula que el poder simbólico sólo es posible ejercerlo con la injerencia o colaboración de quienes lo padecen, porque contribuyen

“**a establecerlo** como tal...esa sumisión nada tiene que ver con una relación de “servidumbre voluntaria” y esa complicidad no se establece mediante un acto consciente y deliberado; la propia complicidad es el efecto de un poder, inscrito en forma duradera en el cuerpo de los dominados, en forma de esquemas de percepción y disposiciones (a respetar, a admirar, a amar, etcétera), es decir, de creencias que vuelven **sensible** a determinadas manifestaciones simbólicas, tales como las representaciones públicas del poder”.<sup>21</sup>

En primer término habría que puntualizar que de parte de los medios en general no existe ni por asomo una “servidumbre voluntaria” en relación con el poder hegemónico del sistema. De algún modo forman parte de ese poder. Y respecto de la población, cuyos gustos se ubican en los planos del sensacionalismo, conviene recordar que desde la propia esfera de la cultura popular surgen proposiciones que son recicladas, retomadas o reelaboradas por los propios medios,

---

<sup>21</sup> Pierre Bordieu (1999), *Meditaciones pascalianas*, Ed. Anagrama, Barcelona, pp. 225-226.

como el caso muy claro de la música. Es decir: no existe precisamente, tampoco aquí, esa “servidumbre voluntaria”, sino más bien una “servidumbre necesaria” para el poder y el sistema, así se dé a través de la complicidad provocada, o construida mejor dicho, por las instancias y estamentos especializados del sistema y el poder.

Tales instancias y estamentos son evidentemente diversificados. Y algunos de ellos son precisamente los medios de comunicación. Así, en esta tesitura, Pierre Bordieu expresa además que el orden social, en lo esencial, produce sus propias rutas, caminos o instrumentos de salvaguarda y protección. De tal modo que sería suficiente con permitir que actúen tranquilamente los diversos mecanismos objetivos de la sociedad, o que actúen

“sobre nosotros, para otorgar al orden simbólico, sin siquiera saberlo, su ratificación. Y quienes salen en defensa del orden simbólico amenazado por la crisis o la crítica, pueden limitarse a invocar las evidencias del sentido común, es decir, la visión de sí mismo que, salvo que ocurra una incidencia extraordinaria, el mundo social logra imponer. Podría decirse, haciendo un chiste fácil, que si el orden establecido está bien defendido, es porque basta un tonto para defenderlo”.<sup>22</sup>

Por lo pronto, en la exploración y explotación de los hechos de sangre y escándalos violentos como fuentes primordiales de la información y la noticia, los medios de comunicación han pretendido, como recurso justificatorio, denunciar la amplitud y los niveles de la problemática. Empero, la mayor parte de los medios lo han hecho como recurso seguro del raiting, como llave para obtener rendimientos mercantiles. Aunque también esta tendencia, o este estilo de información, pareciera ser lo más notorio que los medios impresos han legado en la entidad. En el fondo, con el sensacionalismo, el amarillismo y la nota roja, se ha dado una especie de vinculación orgánica entre los sucesos de las secciones policíacas que se destacan normalmente, con las características conflictivas de la sociedad y de su ambiente. En

---

<sup>22</sup> *Ibid*, p. 239.

realidad no se ha hecho más que reproducir los ecos sociales –como manifestaciones simbólicas “sensibles”--, que se traduce en la circulación y la socialización de los conflictos, y simultáneamente sacarle jugo y ganancia a todos los agudos problemas de violencia y delincuencia en que pueda encontrarse sumergida una colectividad.

De tal manera que los medios buscan no sólo ser creíbles –pese a los materiales veniales o sórdidos con que llegan a trabajar--, sino también la legitimidad, sobre la base de sus propios códigos y apelando igualmente a la fuerza del sentido común: la violencia brota todos los días, afecta a la comunidad, es lo que existe y es lo más visible en la sociedad. Por tanto, habrá que denunciarla, y por ruda y cruda que parezca, habrá que exhibirla, y, de paso, usarla para el propio beneficio social y económico de los medios. Así que, en este sentido, Bordieu ha establecido que el mundo social es imbricación, “fruto y apuesta, a la vez, de luchas simbólicas, inseparablemente cognitivas y políticas...”. Y una de las justificaciones más socorridas de los medios tiene que ver con la idea de que la realidad es en muchas ocasiones más fuerte y dura que la propia ficción. Así que en función de los abruptos compulsivos de la sociedad, los medios sólo se encargan de reproducir esa realidad, real y objetivamente se dice; la tendencia comunicativa se va configurando de violencia, muerte, amarillismo y sensacionalismo. Y entonces se van construyendo e imponiendo así, paulatinamente, diría Bordieu, ciertos “principios de elaboración y evaluación de la realidad social”.<sup>23</sup>

Por otro lado, algunos periodistas no han tenido el menor recato intelectual para glorificar las andanzas y aventuras de bandidos, asesinos y traficantes. Sin el mínimo rigor profesional, como si estuviesen contando las hazañas ficticias de Porfirio Cadena, “El Ojo de Vidrio”, “Chucho El Roto” o de cualquier otro invento literario, ciertos periodistas han publicado semblanzas apoloéticas del traficante de drogas, sus actividades “heroicas” y sus crímenes y atentados contra las fuerzas del

---

<sup>23</sup> **Ibidem**, p. 246.

orden o contra los miembros de otras cofradías. Con ello han proseguido y se han fortificado los homenajes que desde los medios masivos de comunicación o desde la industria de la cultura se le han rendido a múltiples actos y personeros relacionados con el negocio de los estupefacientes, en las diferentes fases de la subrepticia y furtiva cadena de su conformación.

Cuando de enfrentarse al Estado, al gobierno y a las instituciones y fuerzas del orden se trata, en las creaciones populares se explota una inmensa veta temática. Como nimia venganza social, o pequeño ajuste de cuentas del imaginario cultural y la memoria colectiva, los creadores cuentan con el respaldo de amplios sectores sociales que terminan por avalar, compartir y disfrutar las herejías culturales, de las que pueden llegar a sentirse incluso como copartícipes y coautores. Foucault ha llamado la atención sobre el género y la tradición francesa, y recuerda que se ha dado una clase de escritores dedicados a utilizar a “malhechores” dotados de una “asombrosa”

“habilidad para la glorificación del crimen, que les hace desempeñar el papel principal y los entrega a los agentes de la autoridad como víctimas de sus agudezas, de sus burlas y de su mofa mal disfrazada...Es el triunfo, es la apoteosis de la audacia y del crimen...”<sup>24</sup>

La función ideológica de tales artículos culturales ha contribuido a mirar y percibir el mundo de la desviación, ya no sólo desde la perspectiva hegemónica del sistema y del poder, sino también desde la visión peculiar de los propios actores y protagonistas de la incesante trama de los transgresivos poderes subalternos, o desde los denominados “micropoderes” que forman una parte del organigrama, y el sentido de la subcultura de la violencia.

---

<sup>24</sup> Foucault (1999), *Vigilar y castigar*, Op. Cit., p. 267.

La atención periodística que se inmiscuye en las “vidas ejemplares” y las hazañas transgresivas y “heroicas” de los personajes del “narco” ha sido uno de los aspectos más notorios del fenómeno. Como estela significativa, como artículo que expresa avatares y todo un anecdotario sobre ese furtivo mundo, la literatura sobre tales sujetos tiende a socializar un hábitat que está marcado inevitablemente por el drama y la tragedia, partes al fin, de la condición humana. De ahí, acaso, deviene uno de sus atractivos como producto cultural. Sin embargo, Foucault, precisa que

“en toda esta literatura de crímenes, que prolifera en torno de algunas altas siluetas, no hay que ver sin duda ni una “expresión popular” en estado puro, ni tampoco una acción concertada de propaganda y de moralización, venida de arriba, sino el punto de encuentro de la práctica penal, una especie de frente de lucha en torno del crimen, de su castigo y de su memoria...”<sup>25</sup>

---

<sup>25</sup> **Ibid**, p. 72.

## **B) Entre la cultura y la exaltación de la violencia.**

Resulta notable y evidente que tales artículos de la cultura de masas responden a una percepción popular, y a una intencionalidad mercantil, cargadas ambas por las filtraciones e intermediaciones ideológicas hegemónicas.

Aunque conviene apuntar que este tipo de productos culturales se ha traducido no sólo en el periodismo sensacionalista, sino también en el arte literario, como en el caso de una de las novelas más recientes de Gabriel García Márquez: **Noticia de un secuestro**. En ella, el capo colombiano Pablo Escobar Gaviria, entre el proscenio del drama y la tragedia narrativa de un acontecimiento de la vida real, resulta delineado como un personaje trascendente, llamativo, teatral, peliculesco, pero sobre todo carismático y atractivo. Y con una estratagema que se inmiscuye en el hábitat sórdido de la criminalidad sinaloense, el escritor Elmer Mendoza describe el asedio incesante, sistemático, implacable, a que está sometido el propio sujeto que forma parte de los bajos fondos de la ilegalidad, al servicio de poderes oficiales e ilegítimos, en la novela **Un asesino solitario**.

Así, en relación con esta fragua de los medios de comunicación masiva y de la industria de la cultura, Manuel Castells dice que “la difusión de la cultura del crimen organizado se refuerza por la omnipresencia de su vida cotidiana” como temática igualmente cotidiana en los espacios electrónicos e impresos de la comunicación. Y así, no resulta nada extraño, ni improbable, que en todo el mundo, la gente conozca de forma profusa las versiones mediáticas respecto por ejemplo de las condiciones de trabajo y la psique de los “hombres de éxito” y los traficantes de drogas, como vetas sustantivas de las mitologías, que cohabitan con la entropía informativa, y que se agrupan y condensan en el imaginario colectivo de la sociedad.



“La fascinación colectiva de todo el planeta por las películas de acción donde los protagonistas son los actores del crimen organizado no puede explicarse sólo por el impulso violento reprimido de nuestra estructura psicológica. Más bien pudiera indicar la quiebra cultural del orden moral tradicional y el reconocimiento implícito de una nueva sociedad, hecha, a la vez, de identidad comunal y competencia salvaje, y de la que el crimen global es una expresión condensada”.<sup>26</sup>

En otros términos, se estaría hablando de las formas de percepción social del fenómeno, y que no solamente tiene que ver con la manera de percibir de los periodistas y los medios, sino de más amplios sectores sociales que han glorificado a sicarios y traficantes como sujetos de destacadas cualidades y virtudes, y que tienen que ver con osadía, honor, valentía y hasta inteligencia y talento. La memoria colectiva es perseverante en relación con la imagen de ciertos personajes en Sinaloa, que de manera abrupta en unos casos, y paulatinamente en otros, han sido cargados de signos que han tendido irremediabilmente hacia la mitificación.

En el entramado cultural sinaloense, uno de estos casos se puede observar en un muy curioso libro: **Vida y muerte de Lamberto Quintero** del periodista José María Figueroa Díaz.<sup>27</sup> La edición se agotó rápidamente, pero más allá de su tiraje y su aceptación, es de destacarse que la pretensión original del autor era que su apología fuese publicada nada menos que por el organismo oficial de cultura del estado: DIFOCUR. Desde la portada misma, y abierta y explícitamente en su contenido, se trataba de un altar textual, biográfico, para el pariente de Rafael Caro Quintero, el mismo Lamberto Quintero que, luego, habría de ser enaltecido en discos, radio, cine y televisión.

¿Una de las intenciones del escritor era hacer mofa o burla de la política cultural oficial? La argumentación para solicitar la edición oficial quizá era un

<sup>26</sup> Manuel Castells (2000), **La era de la información. Fin de Milenio**, Tomo III, Ed. Siglo XXI, pp. 232-233.

<sup>27</sup> José María Figueroa Díaz (1991), **Vida y muerte de Lamberto Quintero**, Ed. El diario de Sinaloa, Culiacán, Sin.

reclamo. Porque ¿acaso la muerte, el crimen, la violencia, no forman parte de la cultura? Lo cierto es que de algún modo, con su trabajo el periodista Figueroa Díaz —sin distanciamiento analítico, o sin vergüenza, pudor o mesura— en realidad ha exhibido una percepción sobre el fenómeno del narcotráfico, que lo asume con franqueza como digno de encomio y reconocimiento, o como expresión de un mundo real e inobjetable, como parte de una realidad sociocultural, económica y política que debe ser valorada o apreciada positivamente. En el fondo, tal forma de captar el conflicto, no se encuentra muy distante de la doxa y de la percepción común de algunos segmentos populares de la sociedad sinaloense, así como de otros escritores y periodistas de la región.

En su caso, el articulista culiacanense no escamoteó elogios para el criminal y traficante y se permitió el descaro de apuntar hasta con orgullo y admiración, por ejemplo, que Lamberto “Regó de hijos los rincones de Badiraguato y Culiacán, que eran sus cotos de caza favoritos”. Y el escribano periodista, extasiado por el personaje que había sido acribillado en una clásica venganza por parte del clan familiar de los Salcido en el poblado de El Salado, muy cerca de Culiacán, manifestó con todas sus letras que el sujeto aludido

“Era un individuo bien parecido, de color blanco, tez sonrosada y ojos azules como el mar. Por su apostura le habían puesto el apodo de “El Bonito”, pero su belleza varonil no daba pie a que se pensara que pudiese correr para tercera, pues era hombre entre los hombres y a las pruebas se remitía” (sic).

Se ha pretendido, decimos, mirar el problema de la industria de los estupefacientes con un cierto sentido de sarcasmo e ironía. Lo que puede observarse, en todo caso, es que la percepción pública en torno al fenómeno de la producción, el tráfico y el consumo de enervantes no es ya una cuestión que escandaliza a la sociedad, sino más bien ciertos aspectos son vistos hasta con un dejo de complicidad y cinismo. Hay una suerte de aceptación, asimilación, cohabitación y tolerancia con

la desviación social y cultural, dada la cercanía del observador o analista con las raíces y con los personajes protagónicos que le dan sentido humano a la problemática. Y probablemente la forma de percibir el fenómeno se nutre del hábitat y del ambiente que ha ido generándose en el transcurrir de una historia que ha sido de beneficios para muy pocos “héroes” transgresores, y más bien de perjuicios para una amplia mayoría de campesinos y trabajadores agrícolas que siguen viviendo hundidos en la pobreza y bajo la presión y la amenaza de la violencia de los grupos que “militan” dentro de las organizaciones del crimen organizado.

Hay que recordar que en muchos casos, los campesinos tienen que sembrar y cuidar las tierras del narcotráfico, en virtud de que prácticamente no tienen opciones: o siembran por las buenas o por las malas; terminan acatando la implacable sentencia metafórica de la ley de “la plata o el plomo”. El mismo Figueroa Díaz, quien ha sido visto durante muchos años como un periodista “respetable” entre el gremio sinaloense, luego de que intenta relatar orígenes, raíces, historia, en torno al narcotráfico, es capaz de establecer que en algún tiempo, a un general de Badiraguato, siendo senador en el período 1953-1958,

“se le ocurre ¡vaya ocurrencia! Reprimir la siembra y el tráfico de la yerba en su tierra natal y pide soldados para que intervengan en esta acción de quema, aseo y limpia”.

En el libro aludido, añade inmediatamente:

“Luego, en 1977, aparecen los generales caradura Ricardo Cervantes García Rojas y José Hernández Toledo, que al mismo tiempo que destruyen e incineran las preciosas matas (sic), cometen una serie de infamias contra gente inocente...”. ¿Cuál es la intención del periodista, que se atreve incluso a versificar?: “¡Amapola, amapola, cómo puedes tú vivir tan sola.”<sup>28</sup>

---

<sup>28</sup> Véase el texto aludido de Figueroa Díaz, lleno de frases apologéticas al traficante Lamberto Quintero, en donde plasma también su posición frente al problema de las drogas en Sinaloa.

¿Sería sólo humor? Entre la acción que desvela una forma quizá “natural” de percibir y convivir con el problema y la intención tendenciosa de cuestionar y desacreditar las acciones del sistema y del gobierno, conviene recordar que de este talante, de este estilo y de este método periodístico y comunicativo --distante del rigor y de la ética profesional, de la responsabilidad social y de los más elementales principios deontológicos-- se nutrieron comercialmente de manera central otras empresas y medios.

Pero múltiples atentados, accidentes e incidentes siguen nutriendo a los medios de comunicación. Es decir, la realidad también se ha encargado de superar constantemente a la ficción. Aún se recuerdan, de forma memorable, los estilos que dieron fama a un grupo de cuatreritos de la región: la banda de los hermanos Beltrán Lugo, encabezada por “El Ceja Güera”, que, como en los tiempos filmicos del viejo oeste norteamericano que pareciera aún no termina de pasar en el campo y la sierra sinaloenses, se dieron el lujo curioso de perseguir y asaltar trenes, a punta de pistolas, cuernos de chivo y caballos. Un viejo ferrocarril conocido como “El burro”, que hacía su ruta de Mazatlán hacia el norte, fue cliente asiduo de los numerosos malandrines de la banda de “El Ceja Güera”.

Además de los medios impresos urbanos, de tales tendencias participaron diferentes medios, aunque de acuerdo a sus formatos y especificidades, como la influyente industria radiofónica con su cobertura de campo y ciudad, y por supuesto la impactante industria cinematográfica nacional (verbigracia: los abundantes filmes de, entre otros, los hermanos Almada, Valentín Trujillo, Rodolfo de Anda, y los auspiciados por la propia empresa Televisa), además de la vigorosa industria musical y la literatura de corte popular como las tiras cómicas, revistas de monitos o comics. En el análisis sobre los cambios y la transformación ideológica del poder en dominación en el ángulo de los “micropoderes” resaltados por Foucault, la investigadora Mariflor Aguilar sostiene que en este rumbo, la transformación suele

darse más bien de forma “imperceptible”, y es justamente a través de ella cuando “entra” la violencia. Y esa transformación se realiza

“mediante pequeñas modificaciones, pequeños cambios paulatinos y reiterativos que van torneando las expectativas de la voluntad y el cuerpo mediante expresiones de confianza, de la apropiaciones de ilusiones, y deseos ajenos o de amenazas sonrientes y veladas...”<sup>29</sup>

En esta diversificada acción cultural se fueron reproduciendo y construyendo sentidos y percepciones, lo que sin duda impactó ideológica y culturalmente sobre una población con elevados índices de analfabetismo real y analfabetismo funcional. De una población enfrascada en los avatares de la sobrevivencia y en los retos y delirios de la posibilidad de la riqueza al alcance de la mano, y que estaba distribuida en la vasta, variada y agreste geografía de valles, mesetas, marismas, y regiones montañosas que integran al territorio sinaloense, y sobre todo a través de la unión serrana del llamado “Triángulo del Diablo”, en los lindes con Durango y Chihuahua. Es un enclave simbólico y transfronterizo de la Sierra Madre Occidental, por los rumbos de la emblemática población de Badiraguato, que desde los primeros años se ha destacado como una zona generosa e ideal para que se haya dado y se dé un alto índice en la producción de la amapola.

El historiador Héctor R. Olea explicaba que el municipio de Badiraguato (con 5,865 kilómetros cuadrados, posee una mayor extensión territorial que los estados de Morelos o Tlaxcala), por su casi inaccesible topografía, ha sido tierra de privilegio para la producción de drogas, destacando la amapola, y ha ofrecido seguro refugio para los cultivadores. Enclavado rumbo al norte --ocupa el 10.1 por ciento del total del territorio sinaloense--, precisamente en los faldones y las alturas de la Sierra Madre, tiene índices de derramamientos pluviales mayúsculos; la región muestra una configuración orográfica diversa y accidentada, con montañas, serranías y

---

<sup>29</sup> Mariflor Aguilar, “Violencia y micropoderes” en **El mundo de la violencia** (1998), **Op. Cit.**, p. 220.

cañadas abruptas y elevaciones caprichosas que alcanzan hasta 2,300 metros sobre el nivel del mar. Y colinda con los municipios de Mocorito, que tiene en sus montañas elevaciones de hasta 3,000 metros, y de Culiacán, que posee también una muy diversa topografía de valles, costa y serranía.

Ahí, en los resquicios, en las cañadas y las faldas de los montes y los cerros, y abajo en la calurosa planicie, entre las llanuras, valles, marismas, mesetas y ondonadas, a lo largo de la entidad, ha tenido verificativo una acción significativa que para los lugareños, en general, no ha representado una acción condenable, ni desde la perspectiva moral ni desde la perspectiva económica. Se ha tratado, sobre todo, de una actividad económica, aunque con sus matices y peculiaridades. Y en ese amplio territorio –Sinaloa, que con 58 mil 92 kilómetros, posee por ejemplo más del doble de la extensión territorial de la república de El Salvador--, para tener otra aproximación más sobre la efervescencia del tráfico de drogas, según algunas informaciones periodísticas y oficiales, se habrían llegado a contabilizar hasta más de un millar de pistas de aterrizaje clandestinas para las aeronaves transportadoras de estupefacientes. Tanto para las drogas producidas localmente, como para las que luego habrían de provenir de Colombia, Perú y Bolivia rumbo al insaciable mercado de los Estados Unidos.

Por lo pronto, para una población que entre los años de 1960 y 1970 apenas había bajado o disminuido su condición rural mayoritaria en unos 10 puntos porcentuales (de 61.8 a 51.9 por ciento), los medios de comunicación, sus propuestas culturales, sus formatos y sus contenidos, de sólida raigambre folclórica y popular, acaso coadyuvieron para forjar un imaginario colectivo ad hoc para hacer un tanto menos traumático el tránsito que entrañó trascender de los ámbitos rurales hacia los ámbitos urbanos. En la ruta o en la simbiosis rural-urbana, la población trajo consigo, sin embargo, los altísimos niveles de analfabetismo, o en su defecto su mínima instrucción educativa y su escasa formación cultural. En esos años, por

ejemplo, en varios de los 18 municipios del estado el analfabetismo real era superior al 22 por ciento.

En este periplo sociocultural, una especial forma de comunicación para los sectores rurales y urbanos ha sido la música, que luego extendió sus ramificaciones populares y masivas a través de la industria radiofónica, electrónica y disquera. Con las tradiciones propias de varios grupos sociales que han mistificado y mitificado relatos, anécdotas y prototipos, que se han transformado en auténticas leyendas, en la efervescencia de la producción musical se ratificaron tendencias e inclinaciones culturales. El boom, el auge, el fortalecimiento y la masificación de la música ranchera y nortea, aderezada con la banda regional, y que luego impactaría de manera fuerte e impresionante hacia los espacios nacionales e internacionales, habría de partir de la predisposición arraigada de las costumbres campiranas, para hacer de las ceremonias de la fiesta y el folclor, una parte sustancial del hábitus y del gusto popular sinaloense.

Aunque también han sido parte importante las historietas, las tiras cómicas, que en la vida diaria y cotidiana han sido como espejos y mediaciones para la transmisión y reproducción de las formas perceptivas hegemónicas de la sociedad; y que de algún modo han sido también los correos de instrucción, educación y cultura para decenas de miles de habitantes, sobre todo de los segmentos sociales medios, así como los sectores proletarios, campesinos, además de los grupos marginados, compartimientos sociales que podrían ser vistos en todo caso como los escenarios culturales, estratos lógicos y casi naturales, del analfabetismo funcional.

En alguno de los eslabones de una amplia cadena comunicativa, esos promotores del folclor, de las tradiciones orales y de la cultura popular (duetos, tríos, cuartetos y bandas y tamboras de pueblo, rancherías, colonias y barrios), han sido también eficaces productores de sentido y una especial fórmula de mediación de la

pujante y espectacular industria de la cultura. Compositores e intérpretes han sido protagonistas para reseñar y reiterar hazañas, fábulas, cuentos, mitos y leyendas sobre personajes y “héroes” transgresivos surgidos de las veneras, las venas y las entrañas populares. Como antagonistas reales o ficticios, tales personajes fueron vivificados entre el contexto de las penurias y las carencias económicas y sociales, y reivindicados desde el origen mismo de los sueños, las fantasías y las proyecciones de numerosos individuos y grupos sociales, para quienes los negocios de la droga habían abierto la posibilidad riesgosa de nuevos horizontes. Las añosas herencias y tradiciones se unían de ese modo a los ecos y resplandores del progreso social y económico.

En un reciente trabajo de campo, la investigadora europea Helena Simonett, al advertir que la música no es un simple escapismo, sino en realidad una formulación simbólica que expresa fuerza y poder, sostiene que las letras de los narcocorridos sugieren que el tráfico de drogas tiene una muy pronunciada correlación con la pobreza y la miseria. Y al destacar que los modelos sociológicos en boga para explicar las conductas criminales suelen confirmar esos vínculos, anota que en el caso de la teoría de la tensión, se argumenta, por ejemplo, que

“el crimen es una vía alterna por la que optan aquellos a los que se les ha negado la oportunidad de obtenerlo por medios legítimos. Los hombres jóvenes de las zonas rurales o de los barrios urbanos de mala fama son los más proclives a experimentar la tensión que existe entre las aspiraciones inducidas social y culturalmente y su propia incapacidad para llegar a cristalizarlas por la vía legítima. Una sociedad cuyo progreso económico está directamente relacionado al progreso social, y en la que la riqueza es relativamente fácil de adquirir si los hombres optan por el camino fácil, pero criminal de ganar dinero para poder escalar socialmente...”<sup>30</sup>

---

<sup>30</sup> Helena Simonett (2000), **En Sinaloa nació: historia social y cultural de la música de banda**, Ed. Sociedad Histórica de Mazatlán, Mazatlán, Sin., p. 139.



La investigadora suiza se ha referido también al estilo, amén de los contenidos, de las formulaciones de la llamada música “narco”. En el análisis de los grupos musicales de mayor renombre –Los Tigres del Norte, Los Tucanes de Tijuana, Banda El Recodo, Julio Preciado, Grupo Exterminador--, así como muchos otros de menor jerarquía, como las curiosas bandas de sugestivo nombre: “Arkángel R-15” (de Nayarit) o Los Originales de San Juan, entre muchos otros, Helena Simonett manifiesta que pese al “prosaico estilo tradicional” de los corridistas, los corridos alusivos no cuentan la magnitud y la trascendencia del problema (de la industria de las drogas). No obstante, dice, “algunos expresan su lado humano”.

En muchos sentidos, compositores, grupos y bandas han estado muy vinculados al fenómeno del narcotráfico. No únicamente a través de la exaltación y la alabanza de la violencia y el crimen, sino también como mecanismos ideológico culturales de una sociedad transgresiva, e incluso hasta como partes del engranaje, a través de los espectáculos, del lavado de dinero de la industria. La subcultura del narcotráfico en Sinaloa es un “laberinto de violencia” en el que impera el poder del fuego y de las armas, apunta Simonett. Pero “esta violencia es festejada en la cultura popular (comercial) y de un modo muy específico en la música popular que enaltece a la mafia de la droga”. Y además, en virtud de que muchos jóvenes y adolescentes se sienten cautivados y atraídos

“a la violencia, como de igual modo lo están por otras cosas peligrosas y prohibidas, las películas y canciones que la representan y describen son como una ventana hacia un mundo en donde los favorecidos y obedientes no pertenecen”.<sup>31</sup>

En el tránsito de la transformación social de Sinaloa, la música jugó un papel importante no sólo como mecanismo de entretenimiento y como parte de un proceso de identificación creativa y construcción cultural, sino también como vehículo de

---

<sup>31</sup> **Ibid.**, p. 151.

socialización. Ya en 1960 la población sinaloense alcanzaba la cifra de un poco más de 800 mil habitantes. Y en 1970 rebasaron la cifra de 1 millón 250 mil. En este lapso, las bandas musicales, sus compositores y sus cantores representaron una parte de la forma interpersonal y grupal de comunicación, base y raigambre de socialización cultural, que habría de facilitar posteriormente el impacto más amplio de los medios masivos de comunicación. La sociedad y la cultura de masas se nutrían, así, de los estertores producidos por la inventiva, el imaginario colectivo y el folclor de los grupos sociales de tipo rural que se iban incorporando a las esferas de la producción cultural, incluida la vía de la desviación con base en su participación desde los nudos iniciales de las cadenas del narcotráfico.

En este encuentro, o en este cruce cultural, el grueso de la población estableció los vínculos con el fenómeno del tráfico de drogas a partir de sus intereses más cercanos. La recepción comunicativa ha sido, eminentemente, de tipo emotivo y pasional. Los parámetros del mundo contemporáneo fueron introyectándose y asimilándose, como en todo fenómeno de la sociedad de masas, por conducto de los sentidos básicos, tanto en su papel de perceptores como productores de significados. Sobre esta premisa, el reforzamiento de valores, así como de pautas, reglas y normas de comportamiento, constituye un complejo proceso en el que, a final de cuentas, no importan los grados de elaboración de los mensajes, que luego habrían de recoger y transmitir los medios de comunicación, a través por ejemplo de específicos formatos musicales. Y con ello, en los procesos de interacción social y cultural, se fueron reafirmando y arraigando patrones, creencias y mitologías.

Si a esto se añade que el folclor crea y nutre sus formulaciones comunicativas, estéticas y artísticas, como las musicales, de los mismos sentimientos, preocupaciones, aspiraciones, valores, estilos, modelos, formatos, sueños, euforias, tradiciones y legados de lo popular, ha resultado lógico prever y diagnosticar –en el análisis, pero que se confirma en el mercado--, el éxito de cuanta

oferta discográfica o radiofónica que se proponga y realice para una comunidad o conglomerado social con características más o menos definidas y específicas. Aunque el modelo de la circulación de los productos y mercancías culturales no funciona, como en esta propuesta aludida, así tan obligada y tan automáticamente, interfieren intereses y circunstancias públicas y privadas que confluyen en las políticas de las empresas y su comercialización.

En la producción cultural sinaloense, tanto los poderes públicos, como los creadores, los autores, compositores y productores de sentido, así como segmentos gruesos de la población, además de los protagonistas directos del negocio del tráfico de enervantes y especiales sujetos que han resaltado o destacado individualmente – por ejemplo los denominados “jefes de jefes”--, han sido copartícipes y actores en el florecimiento de esta subcultura clandestina y cuasi pública al mismo tiempo. En función de esta amplia relación individuo-poder, Foucault advertía que el individuo

“es sin duda el átomo ficticio de una representación “ideológica” de la sociedad; pero es también una realidad fabricada...Hay que cesar de describir siempre los efectos de poder en términos negativos: “excluye”, “reprime”, “rechaza”, “censura”, “abstrae”, “disimula”, “oculta”. De hecho, el poder produce; produce realidad; produce ámbitos de objetos y rituales de verdad. El individuo y el conocimiento que de él se puede obtener corresponden a esa producción”.<sup>32</sup>

Con ciertas variantes, que no cambian el sentido general, la conformación y configuración cultural en la región ha seguido los senderos o las pautas del esquema planteado. Y aún más: la dinámica del folclor no sólo ha reunido los formularios delineados (existencia de un modo y un conjunto de comportamientos, hábitos, creencias y valores populares y rurales, así como las herramientas mercadotécnicas para su promoción bajo la égida de la industria de la conciencia y la ideología), sino que han sido las propias instituciones cívicas y políticas del Estado las que de

---

<sup>32</sup> Foucault (1999), *Op. Cit.*, p. 198.

distinta manera azuzaron, alimentaron e inflaron las manifestaciones y las rutas peculiares del fenómeno, de lo que en sentido estricto es ya parte de la idiosincrasia local. En la cultura popular sinaloense no podía faltar el culto a la personalidad, en este caso de personajes ligados a la desviación.

Pero en el escenario histórico sinaloense destaca un personaje singular. Se trata del guerrillero Heraclio Bernal, un individuo con carisma, arraigo y prestigio social. Es el prototipo de héroe fundado y surgido desde las entrañas populares. Nacido en un pequeño poblado del municipio sureño de San Ignacio (una de las principales zonas productoras de drogas y terruño del afamado traficante Manuel Salcido Uzeta, “El Cochiloco”), con el tiempo su nombre ha devenido en una mezcla histórica significativa de atributos, folclor y leyenda. Conjuga y evoca una entrega y un sacrificio por las causas populares y por la justicia social, amén de liderazgo, fuerza y valentía. Estos valores se fueron ensamblando para mitificar con el tiempo a un guerrero antiporfirista, primero por vía de la comunicación oral, interpersonal y cotidiana, luego a través de la música y los corridos en su memoria, y posteriormente a través de la industria cinematográfica. Bernal sería una suerte de modelo precedente, en cuanto personaje viril, de lo que posteriormente se explotaría como una de tantas virtudes de los personajes ensalzados en el “narcocorrido”.

Acaso se trata, Heraclio Bernal, del símbolo más sentido y respetado de la historia regional. Contiene los elementos propios del mito revolucionario, que lo dibujan como modelo de hombre fuerte, hábil, noble y justiciero. Su figura se forjó y creció sin muchos contratiempos y obstáculos historiográficos. Aunque es un rasgo nacional y no sólo local (una sociedad de pronunciadas raigambres y herencias rurales), precisamente ante la ausencia de valores diversificados, de distinto tipo y raíz, las recetas con tales procedencias para el consumo popular suelen todavía tener eficacia y penetración. Ello se ratifica en la actualidad con la fuerza masiva, inclusive en los planos internacionales, de la música que enaltece y glorifica las

andanzas y aventuras de los líderes y traficantes de la industria de las drogas. La música de las principales grupos mexicanos y en algunos casos éstos mismos, particularmente sinaloenses, que han tocado los asuntos culturales de este tipo de transgresión, prácticamente le ha dado la vuelta al mundo.

Un poco después de Bernal apareció en la historia sinaloense otro protagonista. En plenos años de la Revolución Mexicana, se alzó de forma parecida al anterior en cuanto a la fama, pero con más claras dosis de enjundia y violencia. Fue Valente Quintero, nacido en la sierra de Badiraguato, la arisca tierra de una grande familia de los Quintero que habrían luego de dar mucho de qué hablar. En 1922, en un duelo provocado por los “humos del alcohol”, y los resentimientos --aunque algunas versiones, como la del periodista Herberto Sinagawa, identifican la causa en función de problemas de drogas--, se mató a balazos con el mayor Martín Elenes. Del corrido de Valente se hicieron versiones varias, leyendas orales, películas. Un historiador calificaría la letra de la canción, y a ese tipo de folclor que cada vez fue más recurrente, como una fórmula de “machismo fanfarrón, irreflexivo, suicida”. Tal modelo habría de servir, también, para la elaboración posterior de la música de traficantes.

Varios personajes, luego, se fueron perfilando y conformando. Combinación de picaresca, comedia, fábula, prosopopeya, creencia, invención, imaginación, epopeya y leyenda, con el tiempo tales símbolos han terminado por ser iconos del imaginario colectivo. Alguno de ellos hasta ha provocado confusión de papeles, funciones y ubicaciones. Uno de los casos más llamativos es el del ya citado Lamberto Quintero --uno más de los múltiples Quintero--, este famoso y peliclesco traficante de drogas que la industria de la cultura resignificó para convertirlo en mercancía y afiche de la transgresión social, al grado de que en los medios electrónicos llegaron a confundirlo o investirlo hasta como héroe de la Revolución de 1910-1917.

No es extraño, por ello, que el cantante de caballitos Antonio Aguilar, en los explícitos homenajes que le ha rendido a Lamberto, lo haya llevado y traído por el territorio nacional como un trofeo de su peculiar oferta discográfica. Y que incluso un “formador” televisivo como Raúl Velasco no haya tenido empacho en glorificar, en vivo y en cadena nacional a través de la televisión, al delincuente y traficante de drogas. Confundiéndolo, dijo que se trataba de un importante héroe revolucionario. En su caso, Antonio Aguilar ya le había sacado dividendos con un corrido, así como con una exitosa película sobre las andanzas y las rudas aventuras de Lamberto. La ejecución de éste, por cierto, causó una de las balaceras más impresionantes, entre dos familias de narcotraficantes, de que se tenga memoria en el centro de Culiacán, frente a la Clínica Santa María, en la cual hubo decenas de muertos. Se trató de las familias Quintero contra los Salcido, estos últimos productores de San Ignacio.

También con mucho impacto en el mercado discográfico y radiofónico, pero con la fórmula que escarba y se nutre de la sensiblería, de la épica rural, amén del elogio de la fuerza bruta, de la desviación y el crimen, se hicieron múltiples corridos sobre traficantes, muchas veces por encargo de los mismos aludidos. El compositor sinaloense “Chalino” Sánchez, especialista en tal producción musical, formó hasta una empresa en Los Angeles, haciendo fortuna con los formatos del narcorrido. Pero el prolífico “cantautor” habría de pagar el precio, con su ejecución en Culiacán, en un asunto de deudas pendientes. Personajes de gloria efímera han sido enaltecidos de manera insistente. Rafael Caro Quintero; Ernesto Fonseca Carrillo, “Don Neto”; Manuel Salcido Uzeta, “El Cochiloco”; Miguel Angel Félix Gallardo; Amado Carrillo Fuentes, “El señor de los cielos”; Manuel Beltrán Lugo, “El Ceja Güera”; los hermanos Benjamín, Ramón y Francisco Javier Arellano Félix; Héctor Luis “El Güero” Palma; Joaquín “El Chapo” Guzmán; Ismael “El Mayo” Zambada García, entre otros actores de la genealogía del narco sinaloense, han sido algunos de los símbolos preferidos o favoritos de este transgresivo escenario cultural. Y es

significativo que en el seno de todos los grupos o “cárteles” más importantes que operan en el país (Tijuana, Juárez, Sinaloa, Guadalajara, Michoacán, Colima y del Golfo), identificados por la Procuraduría General de la República, se encuentren incrustados en los mandos directivos de cada uno de ellos, personajes de “alto impacto” que son precisamente oriundos de Sinaloa.

Por otro lado, un icono muy especial es el de Jesús Malverde. Buena parte de la población lo ha concebido como el típico bandido generoso, un “Chucho El Roto” entronizado por el vulgo, que despacha como intermediario de la oscuridad, desde una pagana capilla en la ciudad de Culiacán. En la actualidad sus más fieles asiduos son, además de traficantes y trabajadores dedicados al periplo productivo de las hierbas “espirituosas”, individuos de los sectores sociales marginados y pobres. El sitio está siempre abierto, día y noche, quizá para facilitar la constante presencia de sujetos de oscura estirpe que llevan serenatas y mandas para enaltecer y agradecer al santísimo, los favores y beneficios y servicios recibidos en los negocios de la muerte. Entre las sombras y las penumbras de las noches de la capital sinaloense – que ya de por sí entrañan no cualquier cosa o suponen un marco de predisposición--, los visitantes se mueven en los alrededores de la capilla como ex-votos vivientes, espectros y fantasmas furtivos, que dan testimonio de su existencia amenazante, y real, en la vida pública regional. Y como un enigmático sacerdote de oscuras fuerzas, sin sotana, el viejo “capellán” Eligio González permanecía, mientras estuvo con vida, atento a las visitas, hurgando desde los secretos y los misterios insondables de su mirada oblicua, posibles procedencias e intencionalidades. No era para menos: cuidaba desde hacía muchos años las puertas y las entrañas abiertas de un simbólico santuario de la transgresión. Y estaba ahí, como hubiese dicho Nietzsche, con su alma de penumbras escudriñando siempre a las otras sombras como “de reojo”.

En el universo de la elaboración de los artículos culturales, mediáticos, de espectáculo y entretenimiento, y de fines estéticos y artísticos, las tendencias

exaltadoras de la violencia, no cancelan de antemano la posibilidad de que puedan ser obras valiosas y apreciables; no significa que no puedan contener ingredientes estéticos importantes, así como vocación, inspiración, esfuerzo, talento, realización y formalización artística. Más allá de las connotaciones y cargas apologéticas de la violencia y de los comportamientos delictivos de cultivadores, trabajadores, protectores y hasta sicarios, cuando no de los contenidos reivindicadores contra la pobreza y la marginación campesina y rural, podría decirse que muchas de las obras nacidas de los entretelones de la cultura popular, han tendido a destacar también por sus cualidades artísticas, y no únicamente por sus apelaciones a la desviación y al crimen, o como formas evidentemente anticonvencionales y antisociales.

Al referirse a la “transferencia del capital cultural”, Pierre Bordieu recuerda que muchos creadores, artistas y profesionales de la comunicación, “en determinadas coyunturas históricas” pueden convertirse en **portavoces** de los dominados, o de los grupos transgresores, en función de solidaridades parciales o particulares y alianzas de hecho sustentadas en una suerte de “homología entre una posición dominada en tal o cual campo de producción cultural y la posición de los dominados en el espacio social”. En un momento dado, ocurre la acción subversiva contra el orden establecido y se manifiesta

“la virtualidad de **la desviación** que está inscrita en la coincidencia imperfecta entre los intereses de los dominados y los de aquellos entre los dominantes-dominados que se convierten en portavoces de sus reivindicaciones o sus sublevaciones, sobre la base de una analogía parcial entre experiencias diferentes de dominación”.<sup>33</sup>

Al margen de gustos y aficiones, a través de los estertores naturales, espontáneos y libres de hacer cultura, y de hacer ideología, las posibilidades creativas de sectores marginados han saltado también a los foros de la vida pública.

---

<sup>33</sup> Pierre Bordieu (1999), *Meditaciones pascalianas*, Op. Cit., p. 246.



Pero sin duda que las propias obras marcadas por la presión, el encargo y por los signos del delito, forman parte del bagaje cultural de la sociedad. Esta obra creativa de la vena popular ha sido irremediablemente un aporte impresionante en el terreno de los productos culturales, aportación que por supuesto habría de retomar por razones evidentemente comerciales la industria de la cultura de la sociedad de masas. Esto se ha corroborado en distintas áreas del arte. Tanto en la música, como en la literatura, la dramaturgia, el cine y hasta en las artes plásticas, diferentes autores contemporáneos han inscrito su nombre de manera destacada en la memoria artística sinaloense, bajo el manto o el amparo temático del narcotráfico, sea en forma sistemática o bien ocasionalmente.

En un policromado arcoiris artístico que abarca la mayor parte de las bellas artes, o mejor dicho, el amplio abanico del quehacer en torno al arte y la cultura, en el estado han llamado la atención las proposiciones de importantes autores. Por ejemplo, además de Los Tigres del Norte y Los Tucanes de Tijuana en la música; Oscar Liera y Oscar Blancarte en el teatro y el cine; Herberto Sinagawa, Elmer Mendoza, César López Cuadras, Leonides Alfaro y Juan José Rodríguez en la literatura; y Lenin Márquez, Oscar Manuel García Castro, Ricardo Javier Corral, Rosy Robles y María Romero en la pintura, entre otros, han recreado por medio de la elaboración artística, en distintas disciplinas, el sórdido mundo de individuos y grupos sociales enfrentados con el establishment y socavando el orden sistémico preponderante, y que ofrecen, de facto, la imagen y hasta el espectáculo de una sociedad prácticamente en conflicto perenne consigo misma.

Aparte de las afinidades conceptuales o simplemente temáticas, que se registran en periodos normales o en situaciones coyunturales, la esfera de la creación artística tiende hacia la ruptura de las normas y los convencionalismos. Es proclive, por principio, a la violencia. La especialista en arte Teresa del Conde expone:

“Arte que violenta, la violencia que acompaña los procesos creativos, la violencia que equivale al rompimiento de las convenciones imperantes, la brocha, el cincel o el buril violentos, la iconografía de la violencia, la violencia que conspira contra la creatividad, el artista que comete actos ilegales, asesinatos incluso, son fenómenos que de tan conocidos casi resulta pleonasma hablar de arte y violencia...El arte supone violencia porque los procesos creativos suelen ser violentos. Unas veces más que otras en artistas del mismo periodo...**El Guernica** puede entenderse como la manifestación de algo horrible que sucedió y que no debe ser jamás olvidado. Allí están formas que se imprimen como grabados...impidiendo el olvido. Es poesía. Se transmitió como tal. ¿Poesía violenta? Sí...A los artistas de todas las épocas les ha sido más fácil imaginar el infierno que el cielo...”<sup>34</sup>

En este orden de ideas, el sociólogo brasileiro Octavio Ianni también se ha referido a la relación violencia-arte. Resalta el ejemplo de la obra de Picasso:

“Hay creaciones artísticas en las que se encuentra lo enigmático e insondable, pero también revelador y heurístico de la violencia. De repente agentes y víctimas, espectadores e indiferentes se descubren metidos en la misma vorágine. Este puede ser uno de los significados de “El grito” (1893) desesperado y alucinado que resuena por el mundo desde el fin del siglo XIX en el cuadro pintado por Edvard Munch...Es como si la obra de arte fuese un sismógrafo, una premonición, develando signos, símbolos, metáforas o alegorías con los cuales se diseña el phatos escondido en la historia”.<sup>35</sup>

A pesar de las implícitas, y muchas veces explícitas inclinaciones hacia el “elogio del mal” que pueden hallarse en diversos autores o compositores de corridos y música popular en general, en las concepciones de la doxa, que reproduce creencias populares y mediáticas y fortifica la propia mitología, hay miradas, percepciones y hallazgos que ilustran en torno de los nexos múltiples del fenómeno de la subcultura de la violencia. Por ejemplo, en la relación traficantes-justicia-medios de comunicación e industria de la cultura, una idea sobre la producción, el

<sup>34</sup> Teresa del Conde, “La violencia y su posible representación” en **El mundo de la violencia**, Op. Cit., pp. 428-433.

<sup>35</sup> Octavio Ianni, “La violencia en las sociedades contemporáneas”, en revista **Metapolítica** (2001), enero/marzo, México, p. 69.

tráfico y el consumo de narcóticos ha llegado a ser concebida como una abigarrada y umbilicada telaraña de intereses de distintos sectores y esferas públicas y de poder. El ya citado escritor José María Figueroa Díaz ha hecho una descripción metafórica. Dado el vigoroso simbolismo de la industria de las drogas, en tanto artificio de complicidades y en función de su entreveramiento sociocultural, Figueroa Díaz expresaba que ésta podía ser vista como

“la señora Tentación, el hermoso bolero de Agustín Lara, que cantan y bailan, acaramelados y de cachetito, narcos y polis, con la famosa banda orquesta de Cruz Lizárraga”.

En el amplio trabajo de campo efectuado en Sinaloa, el norte del país y el sur de los Estados Unidos, Helena Simonnet reitera, coincidiendo con muchos otros analistas, que las letras de los corridos ofrecen la idea de que el narcotráfico “tiene una elevada correlación con la pobreza”. Aunque por supuesto no implica que sea la única causalidad, la investigadora recuerda que los modelos sociológicos que se han desarrollado para explicar a la conducta criminal han terminado por confirmar que las condiciones socioeconómicas son determinantes para los sujetos que deciden incorporarse, previa invitación, al negocio, en cualquiera de sus categorías laborales básicas: la siembra, la cosecha, la “cocina”, el transporte, la vigilancia o el sicariato.

“La afamada teoría de la tensión, por ejemplo, argumenta que el crimen es una vía alterna por la que optan aquellos a los que se ha negado la oportunidad de obtenerlo por medios legítimos. Los hombres jóvenes de las zonas rurales o de los barrios urbanos de mala fama son los más proclives a experimentar la tensión que existe entre las aspiraciones inducidas social y culturalmente y su propia incapacidad para llegar a cristalizarlas por la vía legítima”.<sup>36</sup>

---

<sup>36</sup> Helena Simonnet (2000), **En Sinaloa nació: historia social y cultural de la música de banda, Op. Cit.**, p. 139.

### **C) Una industria de la desviación.**

Las dificultades para acceder a los satisfactores materiales, a los bienes, al éxito personal y al ascenso social se alzan y se miran como barreras imposibles; resultan demasiado complejas en una sociedad que ha crecido con muy notorios desequilibrios estructurales. Así que para numerosos grupos e individuos, prácticamente no existen opciones, más que el mundo de la desviación, la ilegalidad y las prácticas criminales. Y los caminos para obtener recursos fáciles representan la alternativa más cercana, aunque se coloquen dentro de los rubros de una industria de los narcóticos que, según estimaciones de instancias de la Procuraduría General de la República, emplea varios centenares de miles de personas en el país.

Pero con el afán de contextualizar un tanto el devenir sociocultural que comprende la región, algunos datos nos permiten contar con una ubicación más clara en torno al problema. Recuérdese que según cifras oficiales, hace apenas unos 20 años, en los albores de la década de los ochenta, más del 14 por ciento de la población era aún analfabeta. De ésta, la mayor parte se concentraba, como es lógico, en pequeños poblados del campo y la sierra, cuando en general el sector rural alcanzaba todavía casi el 45 por ciento del total de los habitantes. Habría que recordar también que en 1970, cuando el tráfico de drogas era ya una fuerte e impactante realidad, la población rural era evidentemente mayoritaria. Y no se diga en la década de los sesenta. Nada extraño resultaba, entonces, que hace cincuenta años, precisamente en los cincuenta, el analfabetismo alcanzara un descomunal 42 por ciento. Sobre estos perfiles habría de crecer y desarrollarse, como en caldo de cultivo, el llamado negocio de “la plata y el plomo”.

Sin embargo, esta sociedad atrasada estaba siendo alcanzada también por los nuevos vientos y tiempos que soplaban con la masificación o con el advenimiento de la llamada sociedad de masas. Y con ella la tecnología de los ámbitos de la

comunicación, que dio pie para una intensa y masiva socialización cultural, sobre todo desde la acción mediática de la radiodifusión. La otrora entidad afamada como “el granero de la nación”, adquirió pronto escenarios, perfiles, imágenes y rostros sobrepuestos, condiciones y espacios en franca contradicción. Frente a frente se hallaron de improviso vivencias sociales y cotidianas dominadas por las prácticas de un mundo de la vida pedestre y campirana plenamente constituidas. Tales prácticas habrían sido ya normativizadas, obviamente, por el sentido común, las tradiciones y las costumbres, pero que empezaron a convivir y a entrar en conflicto con nuevas normas y con las novedosas exigencias que planteaban los nuevos tiempos de los conglomerados y centros urbanos, así como con otros parámetros, propios de una estructura y una organización social más complejas.

Así, la sociedad se fue haciendo, moldeando y trastornando, en los senderos de la masificación, como a marchas forzadas, como en abruptos virulentos de potencia, fuerza y agresión, como en una intermitente lucha social que fue dejando la impronta de su huella sobre la historia reciente. Y sin la intención precisamente de condenar, algunos estudiosos resaltan que la violencia forma parte sencillamente de los recursos del hombre en sociedad. Por ejemplo, Ricardo Guerra expresa que en tanto que el hombre es libertad, así como fundamento de sus actos y de su existencia,

“su presencia, su nacimiento, tanto biológica como existencialmente, es violencia, poder o fuerza. La libertad implica y requiere, en su sentido más elemental, violencia. No es por lo tanto, ni lo extraño o ajeno, ni lo que hay que rechazar en forma absoluta o indiscriminada... (Y) no puede defenderse la violencia, pero tampoco rechazarse en abstracto. En la historia ha predominado la violencia. No es posible rechazarla sin más y defender lo establecido. La no violencia es o sacrificio o forma, más o menos disimulada, de violencia”.<sup>37</sup>

---

<sup>37</sup> Ricardo Guerra, “Ontología, existencialismo y violencia”, en **El mundo de la violencia** (1998), Op. Cit., pp. 397-402.

En una interpretación descriptiva, la moda relativa a la vestimenta vaquera o arracherada por un lado y los comportamientos broncos entronizados en los ambientes pretendidamente urbanos por otro, han sido señalados como las dos caras de la moneda. Y expresiones extremas: “Iban vestidos como sinaloenses” y “hablaban como sinaloenses” amén de ser fichas o etiquetajes con carga peyorativa, aluden precisamente a una iconografía investida y construida en función de supuestos de agresividad, estilo, estampa, identidad y transgresión. Las frases fueron acuñadas, o por lo menos inauguradas para públicos masivos, en los circuitos de la televisión privada nacional y han sido atribuidas al periodista Jacobo Zabloudovsky, a propósito de la presunta descripción-identificación de unos individuos que habían asaltado un banco en la Ciudad de México. Corrían los años de la Operación Cóndor en la década de los setenta.

En el campo de la lucha ideológica hay una socorrida tendencia a etiquetar, como recurso fácil y maniqueo de calificación o descalificación, que se encargan de efectuar representantes de sectores sociales y líderes políticos y de opinión, amparados en la cobertura que les brinda su acceso y disposición de los medios de comunicación y sustentados por supuesto en esferas de poder y de intereses, sobre otros grupos e individuos que llegan a actuar de maneras poco apropiadas a las disposiciones convencionales. De cierto modo hay un proceso de exclusión social para quienes no acatan las reglas, que han acatado previamente los grupos mayoritarios. En este tenor, Giddens dice que los teóricos del etiquetaje, en general, han interpretado la desviación no precisamente como una serie de características notables de individuos o grupos, sino más bien como “un **proceso** de interacción entre desviados y no desviados”.

Agrega el sociólogo que desde esta perspectiva, para comprender la naturaleza de la desviación, por principio hay que saber porqué a algunos se les cuelga, o endilga, la etiqueta de “desviados”. En este sentido, quienes en la vida

social aparecen como representantes de las fuerzas de la ley y el orden, o quienes por mor del prestigio, de la “respetabilidad” o de sus funciones legales y morales en la vida pública, son generalmente los voceros conservadores del establishment los que se arrogan la prerrogativa o se atribuyen el derecho factual para imponer esquemas, clasificaciones y sentidos de la “moralidad convencional a otros”. Su función ideológica es significativa, pues de hecho “constituyen la principal fuente de etiquetaje”. Y en consecuencia, “las etiquetas utilizadas para crear categorías de desviación expresan la estructura de poder de la sociedad”<sup>38</sup>.

De modo que, en general, las reglas que definen la desviación y los contextos en los que han de aplicarse, se determinan hegemonícamente, en función de las estructuras y estratificaciones sociales y de poder. Aunque Foucault lo ha planteado en términos más crudos, mordaces: “El delincuente, manifestación singular de un fenómeno global de criminalidad, se distribuye en clases, casi naturales, dotadas cada una de esos caracteres definidos y a las que corresponde un tratamiento específico...”. En tal concepción y en el correspondiente tratamiento de la delincuencia, vista como una “desviación patológica de la especie humana”, se ha llegado a esbozar en forma paródica, dice el teórico francés,

“una zoología de las subespecies sociales, una etnología de las civilizaciones de malhechores, con sus ritos y su lengua”.<sup>39</sup>

En tanto, la fama de la violencia sinaloense creció como una bola de nieve sobre los senderos de un modelo informativo y comunicacional, que aprovechó al máximo ciertas características culturales de la población, incluidas las que corresponden al ámbito de la mitología, además de que evidentemente había sido ya difundida y reiterada la historia sobre el compulsivo auge de las drogas y la violencia en la entidad sinaloense. Y en este escenario, sin duda que muchos

<sup>38</sup> Giddens (2000), *Sociología*, Op. Cit., p.237.

<sup>39</sup> Foucault (1999), *Vigilar y castigar*, Op. Cit., pp. 256-257.

pobladores han llamado la atención, por ejemplo, por los viejos hábitos y costumbres, que tienen que ver con la desinhibición y franqueza de sus comportamientos y expresiones festivas, de jolgorio, diversión y entretenimiento. Se suele ostentar que de generación en generación los sinaloenses conservan y reproducen sus patrones de comportamiento y que se identifican en los centenares de fiestas y ferias que están instituidas a lo largo del año, en honor, o como pretexto, de los cientos de santos patrones que rigen los ciclos de conmemoración festivo-religiosa de los pueblos y rancherías del estado. Sin embargo curiosamente la población, coinciden analistas y observadores, no se distingue ni ha sido catalogada precisamente como de gran fervor religioso, aunque sí destaca por su gran fervor “pachanguero”.

En la escenografía dominada por las recurrentes manifestaciones populares, la tendencia comercializada de los productos del espectáculo y la cultura, y de las formas de comunicación en su conjunto, tampoco tuvieron la necesidad de confrontarse con leyes, reglamentaciones o regulaciones institucionales que pusieran límites a los excesos mercantiles, o que posibilitaran, por lo menos, diversificar o ampliar las ofertas culturales. Como es hasta en cierto sentido normal, el Estado, el gobierno, y la sociedad civil, apenas repararon en la necesidad de incluir e instrumentar programas oficiales de cultura, hace apenas unos cuantos lustros, cuando en el sexenio gubernamental del líder obrero cetemista Alfonso Genaro Calderón (1975-1980) fue fundada la institución específica: la Dirección de Investigación y Fomento de Cultura Regional (DIFOCUR), con el fin de coadyuvar en el desarrollo artístico y cultural, no comercializado, de la sociedad.

Por otro lado, durante el sexenio de Francisco Labastida Ochoa, en la segunda mitad de la década de los ochenta, mediante acuerdo con las radiodifusoras, fueron vetadas de las estaciones estatales las canciones y los corridos que hacían la apología del narcotráfico o que sencillamente se referían al tema, cuestión que ha



sido reafirmada en el gobierno de otro líder obrero de la Confederación de Trabajadores de México: Juan Sigfrido Millán Lizárraga, quien a su vez ha sido dirigente de los trabajadores de la industria radiofónica, y además concesionario en tal negocio. Habría que apuntar, empero, que esas medidas hacen más llamativos a los artículos prohibidos; el morbo termina por imponerse al veto. La música de la desviación sigue sonando, fuerte, claro y profusamente, en los hogares, los salones de baile, las fiestas, los antros, las cantinas, los bares, los restaurantes y las calles de los poblados y las ciudades. Los efectos de la prohibición factual, que en el fondo ha sido tan sólo una medida propagandística y huera, en realidad han sido inversos a los objetivos presupuestos.

Citando a Erich Fromm, el analista Giuseppe Amara ha destacado que el ser humano, y en particular la juventud, se siente especialmente atraída “hacia los límites personales y sociales de su existencia”. Por ello, por inquietud natural, está siempre deseoso de mirar, avanzar y sentir más allá de los espacios permisibles que le han señalado como normales. “La atracción por lo prohibido y hasta por lo imposible, es una exacerbación de la necesidad de efectuar, actuar, realizar: ser finalmente causa y autor de algo anhelado”. En otros términos, el anhelo y la sensación de **efectuar** —que ha analizado Fromm en el texto **Anatomía de la destructividad humana**— y de materializar sueños

“colma la existencia de ser, de sentirse capaz, y por ende produce satisfacción y alegría, particularmente si logra provocar en los otros significativos (y) análogos sentimientos de aprobación, entusiasmo y afecto. Pero condenados a la ineficacia, a la impotencia vital, los jóvenes se ven obligados a obtener respuestas de los otros mediante el poder violento: al provocar dolor, sufrimiento, pavor, el asesino o el torturador obtienen de forma perversa la prueba de que existen, de que hacen, de que tienen poder, aunque sea el poder de herir y matar”.<sup>40</sup>

---

<sup>40</sup> Giuseppe Amara (1998), **Cómo acercarse a...La violencia**, Ed. CONACULTA, México, p. 347.

Curiosamente, acaso por pudor, la mayoría de los músicos no se han atrevido a reclamar por lo que, en la práctica, es una coacción a la libertad de expresión. Salvo los Tigres del Norte que han cuestionado la medida como “superficial”, pues no ataca los fondos del problema, y que han defendido su derecho a cantar en torno de lo que “nos pide el pueblo” y sobre las “cosas que existen en la sociedad”. Pero en todo caso, no programar ese tipo de piezas musicales en las estaciones radiofónicas locales, resulta tan sólo un paliativo minúsculo, que contrasta con la fortaleza de la industria de los enervantes y con la propia fuerza transnacional de la industria de la cultura, de la música y del espectáculo, cuyas ramificaciones –las de ambos negocios-- se extienden hoy tanto como los propios influjos y alcances de la globalización.

Mientras tanto, durante años, bajo el impacto de las ondas hertzianas de la radio, a partir de los usos del acervo enraizado en los gustos tradicionales y populares, las empresas privadas de la cultura habría de explorar, fomentar y exacerbar consignas supuestas de identificación y hasta estigmas que, desde la creencia, la fe, los valores regionalistas y raciales y hasta el chouvinismo, han llegado a enarbolarse y asumirse como francas credenciales de definición, distinción y diferenciación. Aparte de la intencionalidad política, algo querrá decir el hecho de que, cuando fue candidato del PAN a la Presidencia de la República, el empresario culiacanense Manuel de Jesús Clouthier del Rincón, se haya autodenominado con prepotencia, soberbia y orgullo, precisamente, como representante de “los bárbaros del norte”. Y hasta grupos izquierdistas llegaron a proclamar sus fervores encendidos por la patria chica, cuando tuvieron el atrevimiento de fundar una agrupación de vida efímera: el Partido del Orgullo Sinaloense (POS), al inicio del gobierno de Labastida Ochoa, aunque más tarde varios de sus “inventores” hubiesen reconocido que en realidad se había tratado de una “confusa travesura ideológica”.

Versos y fonemas: “yo nací en el mero Sinaloa” y “es un orgullo ser de Mazatlán”, habrían de adquirir, desde hace ya algún tiempo, una irremediable carta de naturalidad. Al abordar la cuestión de la “naturalidad”, el funcionamiento y la eficacia del discurso, Julieta Haidar dice que el proceso de naturalización de las prácticas discursivas constituye, de por sí, un fenómeno importante. Y es que

“Las prácticas aparecen naturales, en su función primaria de comunicar, y ocultan otros funcionamientos como los del poder, la ideología, el inconsciente. Por este mecanismo de naturalización, las prácticas discursivas emergen y aparecen como lo que no son, comunicativas, objetivas, neutrales, verdaderas, ingenuas, sin ninguna perversión”.<sup>41</sup>

Aunque difícilmente algún estado del país podría escapar de las fáciles tentaciones de sus pobladores a enorgullecerse de su propio regionalismo, en algunos casos, la intensidad de las querencias por la tierra y por las raíces son más evidentes, o más estridentes, por lo menos en los visibles planos de las construcciones culturales. Desde el fondo de los sentimientos y de los complejos que suelen aflorar a través de las más disímolas manifestaciones de creación y estilo, el hecho es que en algunas de las zonas o regiones del país, al carecer de tradiciones, formas e historias culturales diversas, plurales o con rasgos de universalidad, suelen apoderarse con bastante facilidad de cualquier bandera que se les cruce o se les oferte en el camino, como podría ser la música de la transgresión. O ese estandarte podría ser también un elemento más de una pretendida identidad, a la que acaso nunca se le había visto el rostro, simplemente porque aún no se sentía ni se aprehendía de forma importante, y tal vez porque su presencia, como formulación ideológica, ni siquiera se intuía.

Es evidente que el cultivo de drogas ha sido una constante en el estado desde el siglo pasado, pasando por los momentos clave de su transformación en negocio

---

<sup>41</sup> Julieta Haidar, “Las prácticas culturales como prácticas semiótico-discursivas”, en **Metodología y cultura** (1994), **Op. Cit.**, p. 145.

con el consumo de opiáceos en las primeras décadas del siglo XX, así como el de la siembra masiva de amapola durante los años cuarenta. Sin embargo, la década de los sesenta ha sido valorada como crucial para la intensificación de la producción y el tráfico. Con una ubicación geográfica especial, frente al mar y bajo el cobijo de la sierra y la montaña, y entre la propia dinámica de las actividades agropecuarias que se registraba en los valles del centro y norte, los lazos umbilicales y las ramificaciones impulsadas por una poderosa acción económica subterránea, la economía en general habría de experimentar un abrupto repunte. La situación económica en la mayor parte del campo, sin embargo, fue polarizando la distribución real de los ingresos. El auge de las actividades agrícolas en los valles y distritos de riego del centro y norte contrastaba muy marcadamente con los niveles de subsistencia y marginación de la gran mayoría de las familias campesinas del sur y otras zonas áridas y temporaleras.

En esta idea, a pesar de que la economía regional fue vista como una suerte de modelo y paradigma nacional de crecimiento, lo cierto es que las desigualdades sociales se fueron ampliando. Más allá del debate que generan las cifras en cuanto a los montos o porcentajes e índices para definir lo que son la pobreza y la miseria, los hechos mostraban por lo menos que las diferencias en la participación económica entre los distintos sectores sociales se hacían cada vez más abismales. La corrupción gubernamental, el caciquismo, la concentración de las mejores tierras en pocas manos, la ausencia de fuentes estables de trabajo, el desempleo, el subempleo y los desequilibrios socioeconómicos, fueron factores que sin duda también ejercieron una importante influencia para determinar la llegada de los “negros” tiempos transgresivos, con los cuales se habría de estigmatizar y publicitar posteriormente a la región.

El investigador Marcos Kaplan ha abordado el problema, y contextualizando ha externado que en condiciones de **capitalismo salvaje**, la sociedad en su conjunto,

con sus clases y sus grupos, las ramas económicas, las zonas y las regiones, compiten de forma exagerada por el reparto de las ganancias. Y entonces

“Surgen y predominan condiciones favorables a la monetarización y mercantilización de todo y de todos; al éxito económico a cualquier precio; a las actividades improductivas, de intermediación y especulación; al aprovechamiento de las oportunidades creadas por la crisis, la inflación y la corrupción. Crecen y se desarrollan la economía informal, la delincuencia organizada y la economía criminal...**La disolución social** se manifiesta como debilitamiento, disgregación, comienzo de la destrucción, de **grupos y tejidos sociales**. Ello va abarcando ante todo a una parte considerable de las clases campesinas, a marginados urbanos, trabajadores por cuenta propia, sectores menos calificados...(Y) ello lleva consigo la caída en la impotencia, la apatía, la marginalización, la desorganización social (prostitución, alcoholismo, drogadicción), la búsqueda de la supervivencia en las criminalidades proliferantes, la inseguridad y la violencia”.<sup>42</sup>

En una paradójica situación de bonanza económica que en materia de producción agropecuaria evidenció la región occidental del país, sin embargo, en lo que tiene que ver específicamente con Sinaloa, algunas cifras señalaban de manera tajante que de 1968 a 1976 alrededor del 70 por ciento de la población del campo no llegó ni siquiera a ganar los índices relativos al ingreso medio rural. Las contradicciones económicas continuaron haciéndose más pronunciadas. A fines de la década de los ochenta, inclusive, se estimaba que una cuarta parte de la población total se hallaba en francas condiciones socioeconómicas de marginación y pobreza extrema. Es decir, las condiciones en el campo estuvieron dadas para que, en el contexto del vertiginoso incremento demográfico registrado en las décadas recientes y de los cambios proñados por una inequitativa distribución económica, con los años se fueron ensanchando cada vez más las compuertas de la desviación, con una larga carga de sangre, fuego y muerte, y se fueron soltando y abriendo las raíces de la producción o del tráfico de grandes volúmenes de sustancias psicoactivas.

---

<sup>42</sup> Marcos Kaplan, en **El mundo de la violencia** (1998), **Op. Cit.**, p. 80.

Rolando Cordera ha reflexionado sobre la violencia y la economía. Hay, dice, una suerte de economía política “de la corrupción y la corrosión”, en donde sus instituciones básicas están aún en espera de ser “expuestas”.

“Una y otra se dan la mano en los cruces más espectaculares del tráfico de armamentos y de narcóticos, ambos articulados por organizaciones criminales cuya morfología y dinámica las lleva a vincularse con los órganos del Estado y a contaminar el poder político...”. Tales actividades son inseparables del ejercicio de la violencia. No basta el acceso al poder político y sus agencias que puedan lograr tales productos; en toda instancia del proceso económico la violencia tiene que estar presente como un hecho cercano, nada virtual o tendencial, como ocurre con el poder del Estado. En este territorio de la economía no hay Estado sino fuerza y capacidad de fuego”.<sup>43</sup>

Vistas así las cosas, muchas familias campesinas no habrían tenido más remedio que incursionar en una más rentable aventura agrícola, y andar entre los surcos de la siembra de la transgresión. Y se habrían de encaminar sobre los senderos marcados por hombres de negocios, inversionistas, financieros, políticos, militares, judiciales, gavilleros y bandas de cuatros. De éstos que, con imaginación y tenacidad, apostaban cada día y cada vez más por los productos de un negocio fácil, aunque riesgoso, acaso porque como hubiese dicho José Alfredo Jiménez, también en Sinaloa, como en Guanajuato, la vida no valía nada. Para las familias campesinas pobres, pensadas como el último eslabón de una larga cadena de transgresiones públicas y privadas, una o dos cosechas de marihuana o amapola al año implicaban la esperanza de un mejor destino, la ruta del infierno contra el olvido, la marginación y la miseria. A costa de la vida y por los azarosos caminos de la muerte.

Resulta necesario insistir en los aspectos referenciales sobre Sinaloa: se trata de una población de alrededor de 2.5 millones de habitantes. Un sesenta por ciento

---

<sup>43</sup> Rolando Cordera, “Violencia y economía”, en **El mundo de la violencia**, Op. Cit., p. 253.

de la misma se concentra en las áreas de cuatro municipios: Mazatlán, Culiacán, Guasave y Ahome. Aparentemente, dada la composición poblacional de estos municipios --que contiene cada uno de ellos, en sus respectivas demarcaciones territoriales, a un centro urbano de más de 300 mil habitantes--, el perfil de la mayoría de los sinaloenses, en consecuencia, podría ubicarse en el ámbito citadino. Los datos, empero, en ocasiones no responden o no expresan con plenitud a la tipificación social. Otros aspectos que definen y dan sentido a los conglomerados, comunidades e individuos pasan a un segundo término o francamente son obviados de las estadísticas que pretenden diferenciar artificiosamente desarrollo y subdesarrollo.

Aun con la relatividad que implican las cifras, apenas durante el transcurrir de las últimas dos décadas la población dejó de ser considerada como mayoritariamente rural, para ser contabilizada por fin, como una mayoría urbana, en virtud de haber accedido a residir en los espacios de las crecientes ciudades. Pero la percha no necesariamente hace al hombre. Sale a cuento el clásico refrán: “Aunque la mona se vista de seda, mona se queda”. Y desde los propios datos oficiales aparece el señalamiento: más del seis por ciento de la población sigue siendo analfabeta; amén de los altos porcentajes en cuanto al rubro de analfabetismo funcional. Pero sobre todo, destacan e importan las prácticas sociales y culturales.

En el diagnóstico de lo que es un estado, y para comprender su condición sociocultural, son importantes los datos, más la evaluación resultaría insuficiente, inexacta o parcial si sólo se toma en consideración el aspecto estadístico. Es importante, por ello, el registro, la observación y la interpretación de la obra generada y construida por la sociedad. En este sentido estamos pensando en instituciones, dependencias, medios, instrumentos e instancias educativas y culturales, oficiales, públicas y privadas, así como en creaciones artesanales y populares, elaboraciones y expresiones artísticas y manifestaciones de diversos

sectores sociales, que tienen que ver no sólo con la esfera del mundo espiritual, sino también con los ámbitos de una existencia concreta, tangible, cuantificable y real.

Las transformaciones de la sociedad, si bien dicen algo los números, no se realizan de forma automática por el simple hecho de cambiar de lugar de residencia. Aunque este ha sido un proceso crucial en Sinaloa, por el cruce y la hibridez socioculturales generadas. El cambio del campo a la ciudad reformula drásticamente el panorama y se amplía el horizonte de expectativas laborales, educativas, económicas, políticas, sociales, culturales y cotidianas. Para quienes cambian de residencia se generan problemas de adaptación, se reconstruyen relaciones y se van rehaciendo al vapor los mecanismos de interacción. Los nuevos escenarios pueden llegar a constituirse en obstáculos para la pertenencia social. La transformación puede mirarse, acaso, como un enmarañado procedimiento de aprendizaje, cruzado por diversos factores que se van conformando y adaptando, entre la asimilación de nuevos patrones de convivencia, nuevos hábitos y normas grupales y sociales, bajo la égida, además, de la pervivencia y la herencia de viejas costumbres.

Al llamar la atención sobre los cambios sociales que se generan en la transición campo-ciudad, el especialista colombiano Marco Palacios ha resaltado, para el caso de la nación sudamericana, pero similar para el caso mexicano, que al mismo tiempo que amplios segmentos poblacionales empezaban el aprendizaje de los modos de vida urbana. “contribuían a alterar las reglas preexistentes”. De tal suerte que

“la velocidad y masividad con que apareció y se desarrolló el nuevo modo de vida urbano sacó a flote problemas de desadaptación social, cultural y personal de las poblaciones migratorias y de sus hijos. El hacinamiento aumentó la inseguridad en las calles, así como la violencia intrafamiliar”.<sup>44</sup>

---

<sup>44</sup> Marco Palacios (1995), **Entre la legitimidad y la violencia**, Ed. Norma, Bogotá, p. 321.



La especulación de la tierra urbanizable, la ausencia de servicios básicos de agua, drenaje, electricidad, pavimentación, salud, transporte, recreación, etcétera, sacaron a la luz una masiva y “profunda segregación social”. Con tales síntomas de conflictos individuales y colectivos, desequilibrios y heterogeneidad y social y cultural crecieron, sin embargo, muchas de las ciudades.

Habría que recordar, con Thompson, que los sujetos no son exclusivamente, o no son nunca y nada más, sólo la “suma” de los procesos de socialización e inculcación.

“nunca son nada más actores que desempeñan obedientemente los papeles que les asignan como guiones. Es parte de su naturaleza misma como agentes sociales que pueden, hasta cierto punto, distanciarse de los procesos sociales a los que están sometidos y reflexionar sobre ellos, y sea criticándolos, discutiéndolos, ridiculizándolos y, en algunas circunstancias, rechazándolos...”<sup>45</sup>

Sin embargo, por más que se trate de una fuerte actitud crítica y contestataria, es claro que no se interrumpe necesariamente la reproducción social. El hábitus social se conforma al paso de la historia y la cultura, y va definiendo al mismo tiempo al actor individual, bajo la combinación o fórmula de confrontaciones, asimilaciones, cuestionamientos y aceptaciones. Al margen de su papel o de sus funciones particulares, la vida prosigue marcando los derroteros de los actores sociales concretos, en tal marco contextual de un sistema hegemónico que continúa reproduciéndose. En el curso de sus vidas diarias, puntualiza el teórico inglés, los hombres se desplazan

“típicamente por entre una multitud de contextos sociales y se someten a presiones y procesos sociales conflictivos. El rechazo de un conjunto de valores y normas puede coincidir con la aceptación de otro, o puede

---

<sup>45</sup> Thompson (2002), *Ideología y cultura moderna...*, Op. Cit., p. 133.

facilitar la participación de los individuos en las actividades sociales que sirven, **ipso facto**, para reproducir el **statu quo**”.<sup>46</sup>

En este contexto, no está por demás destacar que con cierta claridad pueden observarse a los conglomerados humanos que exhiben rasgos, aires y prácticas ciudadinas y de urbanidad, con funciones y actividades modernas que las vinculan con otras regiones, nacionales e internacionales, a través del trabajo, el intercambio económico, el comercio, el turismo, la educación, el arte o la cultura en general. Mazatlán, Los Mochis y Culiacán ofrecen imágenes y destellos de mundanidad y sofisticación, donde puede ser posible incluso visualizar incipientes pero reales y cosmopolitas opciones y realizaciones de vida. Educación, cultura, economía, entretenimiento y diversión de mayor complejidad conforman un horizonte más amplio de expectativas. Diferente por supuesto al mundo rural, que se circunscribía a las prácticas elementales de la milonga y la pachanga de los ritos tribales, familiares y campestres, de éstos que reiteran lazos identificados en el tradicionalismo y costumbrismo populachero, aderezados en este caso por la infaltable estridencia de la banda y la tambora.

Empero, diversos mundos se han configurado de manera sincrética en las nuevas aglomeraciones. Los nuevos escenarios de los centros urbanos, dan la impresión de ser una abigarrada congregación de imágenes que cohabitan y comparten distintas historias y distintos tiempos, desde las evocaciones y prácticas pedestres, hasta los destellos propios que produce el avance tecnológico y las aportaciones materiales del fenómeno de la posmodernidad. Opulencia y miseria, luces neón y velas y cerillas, el intelecto y el “pensamiento salvaje” sobre un mismo espacio territorial. El investigador Jesús Galindo Cáceres sostiene, respecto de las nuevas ciudades latinoamericanas, que la hipótesis es muy simple: los novedosas ciudades se han configurado en el pasaje de un tránsito reciente de la premodernidad

---

<sup>46</sup> **Ibid**, p. 133.

a la modernidad, aunque ciertamente algunos de sus sectores podrían ser vistos ya dentro de una postmodernidad cosmopolita. Y en ellas, sin embargo, está presente un abierto conflicto de intereses, en donde los textos y los sentidos diferentes de la vida se encuentran en una encrucijada cultural.

En Sinaloa, según los propios datos oficiales, hace apenas cuarenta años (en 1950), el analfabetismo alcanzaba al 42 por ciento de la población. Hace tan sólo unos veinte años alrededor del 15 por ciento de los habitantes lo seguía siendo. Y en ese mismo año de 1980, casi la mitad de la población había sido clasificada como rural. De tal suerte que la transformación de la sociedad, en esta idea, empezó hace muy poco tiempo. En 1960, unos 518,194 habitantes residían en pueblos apartados, localidades serranas y rancherías marginadas. Sólo 320,000 personas habitaban en el sector urbano. Diez años más tarde, los pobladores de características rurales aún eran mayoría: 657,000, contra unos 608,000 concentrados en las ciudades. Y el incremento demográfico resultó exorbitante, que desbordó las capacidades elementales de servicios. De 1940 a 1970, los principales centros urbanos registraron crecimientos que rebasaron las previsiones gubernamentales. Véase: en ese lapso, Culiacán incrementó su población en 243 por ciento; Los Mochis en 215 por ciento; Guasave en 206 por ciento; Guamúchil en 192 por ciento; y Mazatlán en 186 por ciento, según estimaciones realizadas para el gobierno estatal.

Costumbres, formas de vida, hábitos pueblerinos y rancheros, cotidianidades grupales, familiares y personales se regían por los patrones de un mundo sin diversidad de horizontes. La concentración paulatina de la población en los centros urbanos –que se registra ya mayoritaria, oficialmente, en la década de los ochenta--, no significó que la misma adquiriese, automáticamente, una concepción distinta, moderna y urbana sobre la vida y el mundo. Arraigarse y habituarse a las nuevas pautas sociales implicaría un abrupto proceso de ruptura y cambio, con las resistencias sociales y culturales obvias como telón de fondo histórico.

Los centros urbanos asumieron en su periferia, principalmente, multitud de nuevos asentamientos humanos provenientes de los más disímiles ámbitos rurales, no sólo del propio estado, sino de diversas regiones del país. La migración contribuyó en el impactante crecimiento demográfico registrado en las últimas décadas. En este sentido, aunque fueron cambiando paulatinamente los paisajes y escenarios geográficos, no necesariamente cambiaban a la misma velocidad las normas, enraizadas éstas en hábitos sencillos y hasta pedestres, herencias generacionales y tradiciones fundamentalmente orales. Vivir en los más complicados escenarios de urbe o ciudad no ha significado, en consecuencia, la realización y la materialización de una vida con normas suficientes de urbanidad.

De cualquier modo, dice Marco Palacios en su investigación sobre el proceso colombiano,

“los pobres de las ciudades pasan por experiencias abigarradas, inasibles en una fórmula simple, y que han demostrado enorme capacidad para sobrevivir, asimilar las reglas del juego y, al menos transitoriamente, desplegar comportamientos colectivos en defensa de sus intereses más inmediatos”.<sup>47</sup>

Para ello los caminos, sin menoscabo de las alternativas aceptadas socialmente, han sido múltiples: la organización transgresiva, las pandillas, la delincuencia y el siempre atractivo, fácil y sugerente mundo de la violencia. Y en esta tesitura, si “la vida social es texto, ley, norma, orden”, la clave para dirimir y solucionar los conflictos y para el funcionamiento de la vida social, puede encontrarse “en la relación del orden simbólico (de) lo micro con lo macro...” Pero

---

<sup>47</sup> Marco Palacios, **Op. Cit.**, p. 326.

cuando el establishment o el orden simbólico “es rebasado una y otra vez por lo imaginario”, el orden tiene aún los recursos oficiosos de la violencia legítima <sup>48</sup>.

Así, entre los índices educativos y culturales de bajo relieve –que no lo dicen todo, pero dicen mucho--, la sociedad se fue haciendo, perfilando y trastornando, en el derrotero de la masificación, a marchas forzadas, bajo la tensión social provocada por las carencias y las necesidades. Además, entre las rupturas culturales, las luchas por la tierra, los conflictos sociales y los cambios compulsivos en materia económica fueron dejando su huella en la constitución del nuevo rostro sinaloense. Se ha tratado de un rostro multiforme de una muy contradictoria sociedad, ávida de satisfactores, constituida ya, en la actualidad, por alrededor de 1,600,000 jóvenes menores de veinte años, de los cuales cerca de un millón, de acuerdo a las cifras oficiosas, se encuentra inscrito en los diversos niveles de instrucción escolar.

En este convulsionado rumbo, los medios de comunicación y la llamada industria de la cultura habrían de enarbolar o simbolizar, en parte, las aspiraciones y muchos de los sueños colectivos de los habitantes norteros, distribuidos en valles, marismas, esteros y montañas de la agreste, cálida y variada orografía de la llamada entidad de “los once ríos”, que ocupa el lugar número 17 en cuanto a extensión territorial de entre los 32 estados del país. De esta población que nutrió su mestizaje de inmigrantes franceses y alemanes y más tarde de griegos y chinos. De esta beisbolera entidad que en algún tiempo fue la vanguardia en la producción agropecuaria nacional, pero que ahora básicamente es recordada e identificada como la pionera en la producción de sustancias psicoactivas del país. Y que luego ha incidido en la industria de la cultura, a través del folclor de la música de banda y la tambora, mezclada después con la música nortera, amén de haber sido “caldo de cultivo” para el auge y la masificación de los corridos de narcotraficantes, entre

---

<sup>48</sup> Jesús Galindo Cáceres, “Percepción, mundo y configuración cognitiva urbana” en **Comunicación y sociedad**, No. 30, Ed. Universidad de Guadalajara, Guadalajara, Jal., p. 260.

otras expresiones vernáculas. Se trata, pues, de un amplio y multicolor escenario de formas simbólicas.

No queremos decir, por supuesto, que varios de los elementos y géneros que constituyen a la cultura popular no sean valiosos por sí mismos, incluida la versión sinaloense de la lambada brasileira: “el baile del caballito”. Aunque conviene resaltar que la industria cultural se ha encargado de aprovechar y explotar intensivamente la producción popular, desvirtuándola, y mancillando acaso su probable riqueza y originalidad. Y no queremos decir, tampoco, que los aires cosmopolitas sean sinónimo de vindicación y grandeza cultural. Las más de las veces se trata sólo de superficiales, esnobistas o espectaculares elaboraciones culturales de fantasía y hojalata, en las que impera el kistch que produce la tecnología y el progreso material, pues no siempre detrás o en los fondos del brillo artificioso de los artículos, podrían hallarse fórmulas estéticas y connotaciones artísticas.

Sin embargo, la industria de la cultura ha aprovechado los productos engendrados en los ámbitos de las élites urbanas y de los algunos segmentos rurales, incluidas las formas del folclor. Y ha criado híbridos de lo rural y lo urbano, de la transgresión y la “normalidad” sociocultural, como símbolos que muestran la naturaleza capitalista de la industria: la búsqueda a toda costa de la ganancia económica. El artículo cultural, rudimentario y huero, o arropado de confeti y ruidos, bajo los controles de producción y distribución de la industria capitalista y trasnacional de la cultura, sigue siendo un objetopreciado y altamente valorado por el mercado. La industria prosigue su amplia labor de fomento y exacerbación de los gustos acicateados por la enajenación y la violencia, y que con orgullo rupestre atizan y expanden los modernos medios de comunicación.

Ambos escenarios, el rural y el urbano, coexisten dialécticamente en esferas, ámbitos, grados y niveles diversos. En el híbrido sociocultural, la cohabitación de tradiciones y costumbres con las formas y normas sociales propias de los conglomerados citadinos, han dado lugar a la expansión o adopción de viejos hábitos y comportamientos rurales, resemantizados y con nuevos ingredientes de la sociedad y la cultura de masas, dentro de los espacios urbanos. Se comparten modelos y concepciones de vida. Y ello se observa también en ciertos espacios geográficos de las ciudades, cuando la arquitectura predominante de algunos barrios se distingue por la ostentación, en construcciones que pretenden ofrecer aires romanos, griegos y orientales, como en las exclusivas zonas residenciales de Las Quintas, en Culiacán, o El Cid y Lomas de Mazatlán en el puerto mazatleco. En los cementerios rurales y urbanos las réplicas de palacios y castillos para los muertos están igualmente a la orden de las modas y los caprichos de los nuevos ricos sinaloenses.

Pero en la adopción de los nuevos “valores” de la convivencia social, en mucho han coadyuvado las leyendas, las creencias, las intuiciones y los arquetipos sobre los personajes y la cultura, puestos a circular masivamente por los medios de comunicación y que han terminado por insertarse, como esquemas y “modelos”, en el imaginario colectivo de la sociedad. En las ciudades se muestra esa cohabitación, que se enseñoorea en ciertas señales sociales, como podría ser, por ejemplo, la franca estridencia de la comunicación oral con los altísimos tonos y sonidos de la fiesta familiar: las pachangas interminables de los pueblos, travestidas o reencarnadas en los barrios y ghettos urbanos —llenas de carne asada, salsa, “frijoles puercos”, cerveza “Pacífico” y alcohol en abundancia--, con todo y balaceras como fondos o marcos iconoclastas de las pasiones y las celebraciones lúdicas.

Con mayor evidencia en ciertos sectores, los comportamientos individuales y grupales forman parte de las acciones que la sociedad se ha permitido poner en

circulación, de manera constante y sin muchos sobresaltos. Colonias, barrios y zonas marginales, pero también centros masivos de entretenimiento y distracción –como rodeos, estadios, centros recreativos y deportivos, llanos, espacios abiertos, y galerones--, son receptáculos donde se verifica el fervor del gusto irreverente por la música de narcotraficantes, y en donde se patentizan los legados del mundo campirano como la vestimenta y las actitudes desenfadadas, altisonantes y despreocupadas. Los compositores e intérpretes encontraron en el género del “corrido” un formato de suyo adecuado para explotar la “épica” y la “lírica” populares, referidas al subterráneo mundo de la delincuencia organizada.

Por esas vías del espectáculo y la creación artística, o cultural sin más, la ideología subversiva de la criminalidad ha saltado a la palestra, los escenarios, las pantallas y los cuadrantes de la vida pública. Por supuesto, en parte se ha tratado de una aportación de la cultura popular, retomada inmediatamente por los grandes emporios de la industria mediática y cultural, que además descubrieron por si fuera poco en el vigor de la banda y la tambora –grupos tradicionales que terminaron por acondicionar instrumentos y formatos de acuerdo a los influjos de la música narco--, otro filón de intensa explotación comercial.

Esta especie de sincretismo sociocultural puede observarse en los principales centros urbanos. Por los derroteros de la explosión demográfica y con los problemas económicos que ha padecido la entidad –de enormes contrastes entre la riqueza de los valles agrícolas y las carencias de la mayor parte de sus zonas áridas y montañosas--, se han fundado varios centenares de colonias campirano-urbanas. Uno de los resultados del crecimiento vertiginoso de la dimensión geográfica de las ciudades, estriba en las condiciones paupérrimas de esas nuevas aglomeraciones periféricas, con las consecuentes limitaciones o francas carencias de los más elementales servicios, amén de las dificultades laborales, y los rezagos económicos educativos y culturales.



En un contexto de pobreza y miseria, tanto en el campo como en la ciudad, se ha desarrollado esta pujante industria que de facto es alternativa. Desde el inframundo de las drogas, que ha tocado con sus esquirolas todas las esferas de la vida pública, han aparecido y se han cristalizado diversas manifestaciones simbólicas. Por principio de cuentas, esta suerte de esplendor de la actividad se ha logrado en función de factores sociohistóricos, que en la permanencia, la diversificación y el fortalecimiento mismo de los grupos promotores de la economía de la violencia, al amparo y en connivencia con autoridades, ha logrado satisfacer, y al mismo tiempo hacer crecer, a los mercados regional, nacional e internacional.

En el período centenario de funcionamiento y sofisticación productiva de este singular negocio, los resultados pueden mirarse con claridad desde distintos ángulos: pueden localizarse en el enriquecimiento explosivo de individuos y grupos de los sectores rural y urbano; en el crecimiento espectacular de corporaciones empresariales; y en las operaciones cuantiosas de “lavado” de dinero a través de las conexiones de los despachos especializados de los traficantes con los organismos financieros, comerciales, turísticos y de servicios en general. Pero se resienten igualmente los efectos en la expansión de los índices del delito y la muerte, empujados por los urgencias de control y mando de los diferentes grupos de la economía del crimen.

Al advertir que no únicamente hay economías de la violencia, sino también “una forma violenta de hacer economía”, Rolando Cordera ha señalado que los efectos se han diversificado.

“El tráfico de armas y el de drogas, y el crimen organizado en general, tienen ramificaciones múltiples hacia la economía legal, civil y no violenta, muchas de cuyas ramas subsisten o se expanden gracias a esas conexiones. Mucha gente vive de estos negocios fincados en la violencia; bancos y constructoras,

servicios de todo tipo, florecen gracias al blanqueo de la ganancia ilegal y se vuelven un factor de estímulo para que esta economía de la violencia no sólo se mantenga sino que se reproduzca”<sup>49</sup>

Algunos especialistas, como Loret de Mola, han advertido que en el contexto y la situación actual, México, y particularmente Sinaloa, no podrían vivir ni resistir sin los aportes de la economía ilegal.

Esta cuestión, para el caso que nos ocupa, ha involucrado a una pléyade de grupos y personeros de oriundez sinaloense, héroes o antihéroes según los ángulos específicos de la mirada. El hecho es que han destacado a niveles nacional e internacional como promotores de este efervescente rubro productivo. Pero el auge también se ha debido a las acciones mismas del Estado, por omisión y corrupción de sus estructuras, así como a la decisiva coparticipación de una larga lista de autoridades subvertidas por el inmenso poder de sugestión, convocatoria y corrupción del narcotráfico. Tales sectores judiciales, encargados supuestamente de combatir la producción, el tráfico, la distribución y el consumo de drogas, han sido, o han terminado por ser, engranes de los estratégicos estamentos delictivos, generalmente coptados y contratados para las labores relacionadas con el asesinato y las ejecuciones, así como para la protección, vigilancia y supervisión de las redes operativas del negocio.

Aunque también esas autoridades, y muchos representantes populares o del Estado, en realidad han formado parte de las cofradías directivas del crimen organizado. Manuel Lazcano Ochoa, el exprocurador sinaloense que vio y vivió el auge de las drogas, en entrevista planteaba la situación de forma sencilla: “por razones del propio crecimiento económico de la sociedad, ha crecido también el narcotráfico. Es mayor la producción, hay más grupos delictivos, hay más consumidores y hay más competencia. Pero un factor crucial para el fortalecimiento

---

<sup>49</sup> Rolando Cordera, **Op. Cit.**, p. 244.

ha sido la propia justicia federal y sus grupos especializados de supuesto combate del delito: sus acciones han contribuido más bien a que los grupos de traficantes mejoren su organización, su capacidad de fuego, su habilidad para corromper, y su inteligencia para insertarse dentro de grupos legales”<sup>50</sup>.

En la esfera de la ideología, las llamativas formulaciones simbólicas, dicotómicas y contradictorias, son eco del mundo sórdido de la transgresión. El narco se ha aposentado como personaje histriónico principal, y subversivo, en la cultura y en los medios de comunicación. Sea como reflejo de las luchas intestinas por el control y el poder de la industria, como producto informativo rentable en virtud de sus connotaciones morbosas y sensacionalistas, como denuncia de una sociedad lastimada por el delito y la muerte, como apología de la violencia, o bien como constructo cultural que expresa, en varios géneros, las especiales expectativas de un mundo de la vida social.

---

<sup>50</sup> Manuel Lazcano y Ochoa, entrevista con el autor, Culiacán, Sin.

## Referencias (Capítulo II)

- 1.- Anthony Giddens (2000), **Sociología**, Alianza Editorial, Madrid.
- 2.- Rossana Reguillo (2001), “Miedos: imaginarios, territorios, narrativas”, en revista **Metapolítica**, vol. 5, enero/marzo, México.
- 3.- Hugo Francisco Bauzá (1998), **El mito del héroe**, Ed. FCE-Argentina, Buenos Aires.
- 4.- Herberto Sinagawa M. (1986), **Sinaloa. Historia y destino**, Ed. Cahita, Culiacán, Sin.
- 5.- Adolfo Sánchez Vázquez, coord., (1998), **El mundo de la violencia**, Ed. FCE, México.
- 6.- Octavio Ianni, (2001), “La violencia en las sociedades contemporáneas”, revista **Metapolítica**, vol. 5, enero/marzo, México.
- 7.- Luis Astorga (1996-A), **Mitología del narcotraficante en México**, Ed. Plaza y Valdés, México.
- 8.- Luis Astorga (1996-B), **El siglo de las drogas**, Ed. Espasa Calpe, México.
- 9.- J. Bailey y Roy Godson (2000), **Crimen organizado y gobernabilidad democrática**, Ed. Grijalbo, México.
- 10.- Carlos Loret de Mola (2001), **El negocio. La economía de México atrapada por el narcotráfico**, Ed. Grijalbo, México.
- 11.- John B. Thompson (1998), **Ideología y cultura moderna**, Ed. UAM-Xochimilco, México.
- 12.- Clifford Geertz (1997), **La interpretación de las culturas**, Ed. Gedisa, Barcelona.
- 13.- Jesús Galindo Cáceres (1997), “Percepción, mundo y configuración cognitiva urbana”, en **Comunicación y sociedad**, No. 30, Ed. U. de G., Guadalajara, México.
- 14.- Nery Córdova (2002), **Una vida en la vida sinaloense. Memorias de Manuel Lazcano y Ochoa**, Culiacán, Sin., México.
- 15.- Albert Ogién (1999), **Sociologie de la déviance**, Ed. Armand Colin, París.
- 16.- Hannah Arendt (1999), **Crisis de la República**, Ed. Taurus, Madrid.
- 17.- Frantz Fanon (1980), **Los condenados de la tierra**, Ed. FCE, México.
- 18.- Michel Foucault (1999), **Vigilar y castigar**, Ed. Siglo XXI, México.
- 19.- Gilles Lipovetsky (1996), **La era del vacío**, Ed. Anagrama, Barcelona.
- 20.- Pierre Bordieu (1999), **Meditaciones pascalianas**, Ed. Anagrama, Barcelona.
- 21.- Manuel Castells (2000), **La era de la información. Fin de milenio**, Tomo III, Ed. Siglo XXI, México.
- 22.- Helena Simonett (2000), **En Sinaloa nació: historia social y cultural de la música de banda**, Ed. Sociedad Histórica Mazatleca, Mazatlán, México.
- 23.- Giuseppe Amara (1998), **Cómo acercarse a...la violencia**, Ed. CONACULTA, México.
- 24.- Julieta Haidar (1994), “Las prácticas culturales como prácticas semiótico-discursivas” en **Metodología y cultura**, Ed. CONACULTA, México.

- 25.- Marco Palacios (1995), **Entre la legitimidad y la violencia**, Ed. Norma, Bogotá.
- 26.- Rolando Cordera, “Violencia y economía”, en **El mundo de la violencia** (1998), Ed. FCE, México.
- 27.- Ciro Krauthausen y Luis Fernando Sarmiento (1993), **Cocaína & Co. Un mercado ilegal por dentro**, Ed. Tercer Mundo, Bogotá.
- 28.- José Santos Madariaga Ceceña (1996), **Perfil de Sinaloa y sus 18 municipios**, Ed. UAS, Culiacán, Sin., México.
- 29.- José María Figueroa Díaz (1987), **Vida y muerte de Lamberto Quintero**, Ed.El Diario de Sinaloa, Culiacán, Sin., México.